

RECENSIONES

JULIO COLA ALBERICH: *La República de Sudáfrica. Impresiones de un viaje.* Madrid, 1975, 293 pp.

Puede admitirse como tópico esa divulgada frase referida a Africa que la califica de *continente desconocido*, ya que suele ser confusa, incompleta y, en ocasiones, carente de auténtico interés, la información que el hombre civilizado occidental recibe de esa gran extensión de tierra que forma nuestra «orilla opuesta» mediterránea. Poblada por hombres de variada mentalidad, costumbres, religiones, lenguas y color de la piel. Existe un Africa negra, pero también hay un Africa blanca que ocupa las zonas norte y sur del continente.

En contraste con el desconocimiento general sobre la totalidad del continente, desde que termina la II Guerra Mundial, tiene lugar una notable propaganda adversaria y deformadora de la realidad sociopolítica de la República de Sudáfrica, el país más floreciente, culto y de mayor índice de desarrollo del continente. Y esta propaganda que presenta al hombre occidental una auténtica *leyenda negra*, está alimentada por dos fuentes diferentes, pero coincidentes en sus resultados.

La República de Sudáfrica es un codiciado objetivo estratégico para la URSS, puesto que si lograra establecer en ella bases navales dominaría totalmente la ruta del petróleo, que desde los pozos del Oriente Medio dobla el cabo de Buena Esperanza para dirigirse a Europa o América. Y esta ruta seguirá teniendo vigencia, aunque el canal de Suez, abierto al tráfico, sea ruta más corta que la mencionada, debido a que la construcción de los modernos superpetroleros gigantes no pueden atravesar el reducido canal y se ven obligados a la larga singladura.

Rusia trata de producir la asfixia energética al mundo libre, y un punto básico para lograrlo es la República de Sudáfrica. Pero además, por darse la circunstancia de ser el mayor país productor de oro del mundo occidental, el control del mismo le permitiría realizar paralela una acción financiera capaz de hundir la economía del mundo libre. El objetivo está, pues, perfectamente elegido y la propaganda adversa plenamente justificada para tratar de alcanzarlo.

Todas aquellas democracias occidentales que, con un puritano sentido político, creen en la descolonización adoptada en la ONU como una característica de la política internacional para la posguerra de 1939-45, apoyan decididamente las acciones contra Sudáfrica.

RECENSIONES

Los países occidentales que en la general política de descolonización ven una posibilidad inmediata o futura de incrementar su comercio o explotar las riquezas de los nuevos Estados, fortaleciendo sus economías metropolitanas y ejerciendo esa sutil y rentable «colonización económica», incrementan el coro de los que alzan sus voces contra Sudáfrica.

Y, por último, se alinean en el mismo frente los nuevos países africanos que han alcanzado su independencia, con un grado de inmadurez política, social y cultural, que, a juzgar por las luchas tribales sostenidas y los genocidios que se han cometido, obligan a meditar si la medida de general descolonización adoptada en la ONU no ha sido prematura. También es cierto que la realidad ha mostrado que algunos sistemas coloniales, el belga por ejemplo, que con una hábil propaganda presentaba un índice de desarrollo de los negros congoleños, no obedecía a la auténtica situación de incultura y de general retraso del país y de sus habitantes.

Por todas estas circunstancias, el tema Africa resulta apasionante para el hombre de nuestros días, que está deseoso de conocer la verdad objetiva, desprovista de consideraciones y juicios politizados o interesados, por cien razones, en manipular la verdad y presentarla con notorias deformaciones partidistas.

Y en la obra de Julio Cola Alberich encontramos esa verdad objetiva de una porción africana, de esa República de Sudáfrica, tan controvertida y discutida en la actualidad. Por ello, asomarse a sus páginas y comenzar a viajar y observar con el autor, proporciona grandes satisfacciones.

Al igual que ocurre con la República Argentina, situada en la otra orilla atlántica con análoga latitud, «la República Sudafricana es un continente en miniatura, puesto que en su inmensa extensión se dan todos los climas, y la diversidad de los territorios es tan grande, que resulta difícil imaginar que nos hallamos dentro de los límites de una sola nación. Por esto, desde el punto de vista del turista exigente, la República Sudafricana colma sus aspiraciones. Podemos anticipar que, en nuestra opinión, Sudáfrica es uno de los países más hermosos del planeta, dotado de una belleza colosal y variada».

Nada fácil es escribir una obra como *La República de Sudáfrica*, que presenta al lector toda la variada problemática existente en un país tan interesante, en pleno desarrollo y con un futuro tan prometedor, si logra salvar la tensa situación internacional, dispuesta a someterlo a un duro cerco político. Pero hay hombres que se crecen ante las dificultades, cuando están convencidos de las razones morales que les asisten y tienen confianza en sí mismos. Y ésta parece ser la actitud de los hombres de Sudáfrica cuando se llega a la página 293, en que finaliza el libro, que Julio Cola ha escrito con total entrega y poniendo de manifiesto sus altas cualidades y su formación de humanista, de científico, de incansable viajero y de metódico conocedor de los problemas africanos, a los que ha dedicado muchos años de su vida y que le han valido el reconocimiento oficial a su incansable labor, con la concesión, en este año de 1975, de la Orden de Africa con el grado de Comendador con placa.

Todos los elementos necesarios para analizar el potencial de un Estado, y que se extienden desde las características biológicas, morales y religiosas de los hombres que lo integran, a los aspectos físicos (riquezas naturales,

RECENSIONES

situación, extensión geográfica, etc.), sociales, económicos, políticos, estratégicos, militares, etc., son considerados por la pluma, ágil y de gran capacidad descriptiva, de Cola Alberich, que en once capítulos no deja ninguna cuestión sin dedicarle la atención debida.

El libro se lee seguido, desde el principio al fin, pasando de una parte a otra con interés creciente. Pues una vez centrado en el país, en su prosperidad, que le ha convertido en un gran centro productor de alimentos; en el problema de la sequía, que es un azote en Africa y que ha encontrado solución previsoramente en Sudáfrica con las obras públicas ya realizadas o en vías de promoción; en su industria, en la tenacidad del granjero sudafricano, cultura, sanidad, etc., se llega al discutido problema de la discriminación racial.

Y ésta es estudiada en absoluto y comparativamente con lo que ocurre en otros países, presentando las variadas formas de *discriminación* hoy existentes en el mundo, pues además de la racial encontramos la política y la religiosa, que en ocasiones la superan en dureza y número de personas a las que afecta.

La solución que Sudáfrica ha puesto en práctica ha sido «el desarrollo separado» o *apartheid*, que está permitiendo unos logros reales en cuanto a la mejora cultural y social de todas las comunidades humanas que coexisten en su territorio: blancos, negros, mestizos e indios. Y dentro de los negros, los cuatro grupos de bantúes sudafricanos con distintas lenguas y características culturales.

La constitución de la nación Xhosa establecida en el territorio de Transkei, con una extensión análoga a Dinamarca (43.188 kilómetros cuadrados) y constituyendo el litoral del Océano Indico, es un interesante experimento político que el Gobierno de Pretoria está realizando y promocionando, invirtiendo grandes sumas. Es territorio autónomo desde 1963—alcanzará la independencia en 1976—, y el número de puestos de trabajo que ocupaban los blancos en la Administración, que ascendía a 2.467, están siendo paulatinamente ocupados por bantúes. En 1966 los blancos sólo ocupaban 382 puestos de un total que había aumentado a 2.821, y en 1969 sólo quedaban 324 blancos de un total de 3.469. Como los bantúes van capacitándose en las técnicas universitarias y más complejas de la administración, dentro de pocos años la Administración de Transkei será totalmente bantú.

Actualmente ya se da la paradoja de que en el Transkei autónomo existe menor porcentaje de funcionarios blancos que en muchos Estados independientes del continente, que se ven obligados a utilizar en las tareas administrativas, a blancos procedentes de sus antiguas metrópolis o enviados por la ONU, por no tener personal cualificado ni un proceso acelerado de formación del mismo.

Pero queremos invitar al lector a que sea él mismo el que juzgue los datos, las consideraciones y los análisis de Julio Cola, ante la situación y la tenue discriminación racial existente en el cono sur africano, para que él mismo pueda obtener sus propias conclusiones y pueda tener criterio informado y consciente ante la leyenda negra que hoy se lanza contra la República de Sudáfrica.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

RECENSIONES

ALASTAIR HAMILTON: *La ilusión del fascismo (Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo, 1919-1945)*, versión española de Joaquín Adsuar Ortega. Luis de Caralt, editor. Barcelona, 1974, 335 pp.

Existen algunos libros, y el que ahora ocupa nuestra atención da la impresión de ser uno de ellos, cuya ambición doctrinal parece no conocer límites. En efecto, he aquí un bello haz de páginas—de apretadas páginas, dada la elección de los tipos de imprenta empleados—en las que, con ejemplar profundidad y objetividad—dos cualidades muy raras de encontrar en los libros de nuestra época—, se analiza el advenimiento, el imperio y el ocaso de una de las *formas de gobierno* o *régimen político*—el lector atento está en el derecho de elegir la terminología que de forma más convincente le complazca—que, durante algunas décadas, mantuvieron en Europa cierta euforia político-social. El profesor Alastair Hamilton ha estudiado con innegable entusiasmo y delicadeza el tema al que nos venimos refiriendo, y, preferentemente, para aclarar los extremos o cuestiones más espinosas no ha dudado ni un solo segundo en emplear, utilizar o aplicar el testimonio espiritual y académico de algunos de los principales intelectuales europeos—de aquí la justificación de la harto elocuente subtitulación de la obra (un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo)—que, identificados o no con la causa fascista—aclarar esta cuestión constituye un lujo de espacio editorial que no podemos permitirnos—, sí, en cambio, tuvieron múltiples ocasiones de emitir, en el curso de sus intervenciones públicas—puesto que ninguno de los intelectuales examinados era mudo—, opiniones y juicios sumamente importantes. Para algunos, ciertamente, esas opiniones, vertidas en un momento de olimpico juego de ingenio, constituyeron el cauce de auténticas y dramáticas consecuencias—la ironía, en política, paga un precio excesivamente alto.

La obra, consecuentemente, que adeudamos al profesor Alastair Hamilton, experto y agudo conocedor de Europa y de los europeos, muestra ingenio, espíritu de rigurosa seriedad y, lo que a nosotros nos parece lo más importante, incontenibles deseos de esclarecer definitivamente no pocas cosas. Se trata, por lo tanto—y nos parece correcto el indicarlo desde el umbral mismo del inicio de nuestro comentario—, de un libro honesto que rehúye, ante todo, el sensacionalismo. Por eso, entendemos, para comprender ciertas afirmaciones, determinados puntos de vista y opiniones personalísimas mantenidas por el autor resulta imperativo, y nada nos hubiera agradado tanto como el no tener que dar tan largo rodeo, proceder a la exposición de una amplia aclaración preliminar sobre algo que, seguramente por la precipitación y el dinamismo tan propios de nuestra época, suele pasarse por alto al emprender el análisis de la evolución de determinadas doctrinas políticas que han estado en vigor, a saber: que la ideología fascista, en el curso de sus años de esplendor, cambió la faz de Europa e incluso—aunque no faltan autores que ponen en duda esta última afirmación—suscitó una evidente proyección internacional que originó, en no pocos lugares del mundo, importantes reacciones políticas, sociales y económicas que, a las alturas de nuestro tiempo—cosa que puede afirmarse dogmáticamente—, todavía ca-

RECENSIONES

recen de un estudio lo suficientemente serio y explicativo. Comencemos, lógicamente—si queremos entender el mensaje que nos transmite el autor de las páginas que comentamos—, por el principio...

El prestigioso historiador doctor Nolte, especializado precisamente en el tema que ocupa nuestra atención, ha subrayado en un importante libro¹ que, efectivamente, muy pocos contemporáneos acertaron a darse cuenta, entre el 28 de julio y el 4 de agosto de 1914, de que una época se acercaba a su final; la nueva perspectiva que iba a aparecer tras el pórtico de aquella línea neta divisoria entre dos etapas aparecía inevitablemente velada a sus ojos. Por vez primera desde las guerras napoleónicas grupos antagónicos de potencias volvían a oponerse entre sí y el progreso científico experimentado a lo largo del siglo XIX ponía en sus manos medios que el curso no hubiera podido siquiera soñar. Al mismo tiempo, la transformación democrática del Estado absoluto, que había sido otra de las grandes obras del siglo, obligaba a ampliar la dimensión de la guerra, de tal manera que tomaba parte en ella una mayor masa de población, tal como por otra parte había ocurrido con anterioridad en el amenazado París de la Gran Revolución o en la guerra de liberación prusiana. La primera consecuencia de la guerra fue una explosión de entusiasmo colectivo, que arrastró a casi todos los sectores de la población, fuera en Moscú o en París, en Londres o Berlín. Esta entusiasta explosión quebrantó por doquier las débiles líneas de resistencia de los que se oponían a las hostilidades y creó en los pueblos de Europa, que se creían amenazados por un inminente ataque, una unidad interior política que dio al traste con la lucha de los partidos, corriente en los tiempos de paz y que apaciguó, siquiera momentáneamente, la pugna encontrada de los distintos intereses.

Pero aquel entusiasmo no fue idéntico por doquier. En Francia llevó el sello de la firmeza con que se afrontaba la eventualidad temida durante decenios, es decir, la invasión por parte de un vecino más poderoso, mientras que en Rusia adquirió la forma de una histeria de la débil burguesía, que aspiraba tanto a ver realizada a costa del enemigo exterior sus sueños paneslavos y de la gran Rusia, como hacer menos agobiante la pesada autocracia del interior. En Alemania, empero, se mezclaron sentimientos diversos: conciencia defensiva y tendencias conquistadoras, deseos de paz y amor a la guerra por la guerra, pues Alemania era al mismo tiempo el Estado nacional de formación más reciente y la potencia militar más poderosa del mundo, avanzada de la ciencia y amparo del Estado monárquico autoritario, cabeza del desarrollo industrial en Europa y zaguero en la envidiada conquista colonial del mundo; centro saturado del contingente hegemónico del planeta e inquieto aspirante a «un lugar bajo el sol». Estaba representada, no inadecuadamente, por un monarca que amaba a un tiempo la paz y hacía sonar el sable; que gustaba celebrar «el brillo del imperio» y, en el fondo, sentía temor de la aventura; que creyó obligatorio secundar, en un sentimiento de solidaridad monárquica anacrónica desde hacía largo tiempo, el ataque de Austria a Serbia y no guardaba, con su nerviosismo frívolo, parecido alguno con sus antepasados prusianos. Que Guillermo II de-

¹ NOLTE, ERNST: *Fascismo*. Luis de Caralt, Barcelona, 1969, p. 11.

RECENSIONES

seara; en Alemania, la guerra es algo que el tiempo ha revelado improbable; que con sus exteriorizaciones materiales y espirituales se convirtiera en centro de aquella guerra es algo que por mucho que transcurra el tiempo no podrá ponerse en duda.

Sin embargo, los rasgos fundamentales del desarrollo de aquel proceso fueron en todos los lugares idénticos. El entusiasmo inicial dejó paso en todos los Estados beligerantes a una mayor gravedad, resultante de la confrontación con las auténticas fuerzas del adversario, hasta entonces ignoradas, tanto en Arras como en Verdún, en Lemberg como en Dünauburg. Ello se tradujo en la movilización de las fuerzas productivas, en la orientación de la prensa y exaltación de la propaganda, en la escasez de bienes, y en Alemania, en el hambre que alcanzó a casi todos los rincones de la nación, si se exceptúa el breve grupo de los beneficiarios de la guerra y especuladores, producto híbrido de las costumbres y hábitos de la economía de paz con las necesidades de la economía de guerra. Pero no sólo aquello creó conciencia de la gravedad; ante el cuadro cruel de los cadáveres carbonizados, a la vista de miembros dispersos y de los amontonados cuerpos que se echaban a enormes zanjas, nadie escapó a la necesidad de plantearse el dilema: ¿tenía que rechazar aquello porque significaba una vergüenza para la Humanidad o debía aceptarlo porque, en el fondo, la predisposición del hombre a una muerte inmediata liberaba sus fuerzas más excelsas y los egoísmos de la sociedad de la paz quedaban así superados? Cuanto tiene la vivencia bélica de positivo surgía con idéntica precisión del hecho de la guerra. Ambas facetas eran captadas por unos concretos estratos, y así, si bien los oficiales de todas las naciones rechazaban el primero por el segundo, entre los grupos socialistas ocurría al revés. He aquí, en síntesis, el afluyente de los principales y graves acontecimientos que, inevitablemente, desembocaría, como mal menor, en el advenimiento fascista.

Ha pasado ya mucho tiempo desde la época del esplendor y de la caída del movimiento fascista—y esto es una de las primeras cosas que nos recuerda el profesor Alastair Halmilton (y no se trata, desde luego, de ninguna tontería)—. Consecuentemente, no parece necesario el advertirlo, ya tenemos a nuestra disposición la perspectiva adecuada para poder afirmar, sin riesgo a la aventura, que algo de mito—bastante—sí imperó en la ideología fascista, pero, al mismo tiempo, también algo de verdad. En esencia, el fascismo, se apresura a indicárnoslo el autor del libro que comentamos, fue un «mito» en el sentido soreliano del mundo, un «sistema de imágenes» que desafia cualquier definición lógica o análisis racional, lleno de contradicciones y sometido a ellas. Del mito a la realidad, de la teoría a la práctica, el abismo—como ocurre con frecuencia—era demasiado profundo. Si se examina con cierto grado de objetividad, si se traza su trayectoria y se comparan sus logros con sus principios, el fascismo fue menos que un mito: fue un engaño. Sin embargo, el entusiasmo que inspiró era indiscutible—no seríamos sinceros si pretendiésemos negar esta evidencia—; en Alemania y quizá también en Italia, hizo más para terminar con el antagonismo de clases que cualquier otra reforma llevada a cabo por un Estado democrático; la afirmación de que el fascismo era un movimiento revolucionario resultó tan falsa tan pronto como el fascismo se convirtió en régimen. Ni en Italia ni en Alemania logró cambiar la estructura de las clases sociales,

RECENSIONES

y menos destruir al capitalismo. En ambos países, la masa revolucionaria del movimiento, los *squadristi* o las S. A., fueron despojados de toda efectividad tan pronto como el dictador tuvo la oportunidad de suprimirlos. El corporativismo jamás se implantó en Alemania y fracasó en Italia. Sometido en sí mismo a tantas distintas interpretaciones, resultó, en Italia—si aceptamos la tesis del autor de estas páginas (y no creemos que exista motivo alguno que se oponga a esta postura)—, simplemente un medio más de mantener la anterior jerarquía.

Si examinamos el fascismo fuera de Italia y Alemania, aún salen a la luz del día un número mayor de discrepancias y contradicciones: la mayor parte de los movimientos fascistas tomaron como modelo bien a los alemanes o bien a los italianos, con lo cual renunciaron a su tradición y su originalidad nacionales. Hablando estrictamente, y sin rodeo alguno, podemos decir que, quírase o no, el fascismo era un movimiento radicalmente nacionalista.

La interrogante que insertamos a continuación es rigurosamente lógica, y el propio profesor Hamilton se la ha formulado en las páginas de su libro, a saber: ¿Cuál fue, sin embargo, el atractivo que el fascismo, aun cuando por corto tiempo, ejerció sobre tantos eminentes hombres de letras, cuando, efectivamente, muchos de los cuales, por su preclara inteligencia, se encontraban en inmejorables condiciones para no poder advertir en dicho movimiento algo más consistente que un mero mito político-social...? Una de las ventajas de la vaguedad de la doctrina fascista y de su falta de un origen aceptado, fue que un buen número de escritores, que tenían poco de común entre ellos, podrían considerarse a sí mismos como precursores de un movimiento político que había triunfado. La ambigüedad de la ideología permitía a aquellos que la apoyaban a leer en ella lo que les gustaba; podían retorcerla a su voluntad y así ponerse de acuerdo con ella. Y con toda su maleabilidad, el fascismo constituía un fenómeno que los artistas encontraban estéticamente satisfactorio: había convertido la anarquía en orden. El fascismo, sobre todo el fascismo de los intelectuales, tenía su origen en una profunda rebeldía, en una revuelta anarquista dirigida contra el orden establecido.

De todas formas, en los primeros momentos de su advenimiento, el fascismo presentó cierto sentido de la responsabilidad, es decir, imperó en él mismo—y son palabras del doctor Hamilton—una especie de «extraña» disciplina. Es bien sabido que el fascismo, en su primera época, combinó la idea de disciplina con otra perspectiva que se creyó o consideró igualmente excitante desde la perspectiva esencialmente intelectual. El fascismo, aunque pueda sonar a tópico, intentó crear un «hombre nuevo». Por otra parte, no deja de ser curioso—y muy bien lo saben todos los especialistas del tema—el hecho de que el fascismo se jactaba de ser antiintelectual—y muchos intelectuales estaban de acuerdo en que en el nuevo mundo, al otro lado del apocalipsis, no habría lugar para los intelectuales—, pero al mismo tiempo proclamaban su intención de conservar esos valores espirituales que el comunismo, probablemente, destruiría. Para creer en una mentira tan descarada (al menos en lo que se refiere al nacionalsocialismo) sería necesario no tomar en consideración la notable similitud entre las obras de arte ofi-

RECENSIONES

ciales que proceden del Tercer Reich y de la Unión Soviética; pero eso podía ser hecho fácilmente por quienes no vivían ni en la Alemania nazi ni en la Unión Soviética. En cualquier caso, parece que bajo el fascismo la muerte del mundo viejo y el nacimiento de uno nuevo sería relativamente sin dolor. Y ellos los creían desde luego tan sin dolor que casi podemos detectar un mayor sentido de autoconservación en los sectores que eligieron el camino del fascismo que aquellos otros que siguieron la senda del comunismo.

Ya hemos advertido en las líneas preliminares de nuestro comentario crítico que, justamente, una de las principales razones que animaron al profesor Hamilton a emprender la redacción de estas páginas estribaba en el ferviente deseo de hacer *justicia histórica*. Por eso mismo, no debe sorprender al lector de este libro el observar la defensa de la personalidad de Benito Mussolini que realiza el autor. Es preciso, cuando menos—he aquí una de las tesis más destacadas defendidas en el curso de este libro—, advertir que no todo fue ambición en Mussolini y que, como más adelante observaremos, tiene en su haber no pocas fructíferas gestiones administrativas—muchas de las cuales se le han querido escamotear—. De todas formas jamás llegaremos al perfecto conocimiento de Mussolini si, como un célebre autor ha afirmado, perdemos de vista que, quiérase o no, en todas—o en casi todas—las decisiones de Mussolini hay que tomar en cuenta su ambición personal. Su objetivo era dirigir un movimiento revolucionario y, mientras tanto, debía aceptar con su ideología una forma tradicional del socialismo. En las teorías de los sindicalistas, sin embargo, encontró una política revolucionaria más original. De acuerdo con su biógrafo De Felice, Mussolini «estaba bajo la ilusión... de que las masas revolucionarias lo seguirían. Pensaba que la conjunción que había estado buscando y esperando durante tanto tiempo le iba a ser facilitada por la guerra—no por la oposición a la guerra, como pensaron sus correligionarios socialistas, sino por la "guerra revolucionaria"—». En esto se equivocaba. Las masas no le seguían, y ciertamente el proletariado, desde luego, no; durante toda la guerra los obreros industriales italianos continuaron compartiendo el pacifismo de los socialistas italianos.

Cuando llegó su expulsión del partido, Mussolini se encontró con una pequeña aunque vociferante minoría, los intervencionistas del ala izquierda. Recibió un telegrama de Pressolini, en cuya revista *La Voce* había colaborado con unos cuantos artículos en 1910. «El Partido Socialista le ha expulsado; Italia le da la bienvenida.» Gaetano Salvemini, otro socialista renegado, le escribió también felicitándole, y el 15 de noviembre, con el apoyo financiero de Filippo Nardi, el redactor jefe del diario de Bologna *Il Resto del Carlino*, Mussolini pudo publicar su propio periódico, *Il Popolo d'Italia*.

Ese influyente grupo de hombres comenzó una campaña en favor de la entrada de Italia en la guerra, al lado de Francia. Estaba formado, principalmente, por intelectuales: D'Annunzio, Marinetti, Prezolini, Salvemini, que eran sindicalistas, nacionalistas y futuristas. Y el 31 de marzo de 1915, Mussolini se presentó públicamente al lado de Marinetti en Milán. El mes de abril de ese mismo año, ambos fueron arrestados por organizar una manifestación en Roma, y los futuristas, que habían atacado a Mussolini cuando se

RECENSIONES

opuso a la invasión de Libia, en esa ocasión le dieron la bienvenida como a un hombre que contaba con una deseable persuasión «futurista».

Para aligerar el fondo doctrinal de nuestro comentario y, naturalmente, para simplificar su extensión editorial—que comportaría un minucioso estudio de la obra del profesor Hamilton—, creemos, al menos optimistamente, que no suscitamos el enfado de dicho autor si efectuamos unos cuantos saltos—sensibles saltos—en la lectura de su obra. Y así, por ejemplo, prescindiendo del examen de no pocos acontecimientos, muy bien detallados en las páginas de este libro, señalemos—ello nos parece muy notable—que el talento político de Mussolini se puso de manifiesto al saber desmontar perfectamente la «oposición». Esta es, por lo menos, la autorizada opinión de uno de los pensadores políticos italianos más brillantes de nuestra época. Nos referimos, naturalmente, a Curzio Malaparte, que ha escrito páginas profundamente sugestivas sobre el tema que nos ocupa. Así, por ejemplo, en su obra *Técnica de un golpe de Estado*, nos dice lo siguiente: «El Mussolini de octubre de 1922 no es el de los cromos; es un hombre moderno, frío, audaz, violento y calculador. En vísperas de la insurrección, todos los adversarios del fascismo, las organizaciones sindicales de los trabajadores, los comunistas, los partidos (socialista, republicano, católico, democrático y liberal), están fuera de combate. Estrangulada definitivamente en agosto, la huelga general no podría ya perniquebrar a la insurrección; los obreros no se atreverán ya a abandonar el trabajo y a salir a la calle. Las sangrientas represalias con las que han ahogado la "huelga legalista" han quebrantado para siempre el espíritu combativo del proletariado. En cuanto Mussolini levanta en Milán la bandera negra de la insurrección, los equipos fascistas de técnicos y de obreros especializados se apoderan rápidamente de todos los puntos estratégicos de la organización técnica del Estado. Al cabo de veinticuatro horas, toda Italia está ocupada militarmente por 200.000 camisas negras. Las fuerzas de policía, los *carabinieri*, los guardias reales, son insuficientes para restablecer el orden en el país. Allí donde las fuerzas de policía intentan expulsar a los camisas negras de las posiciones ocupadas, los ataques fracasan bajo el fuego de las ametralladoras fascistas. Desde Perusa, cuartel general de la revolución, los miembros del cuadrivirato o Comité revolucionario militar, Bianchi, Balbo, De Vecchi y De Bono, dirigen la acción insurreccional conforme al plan decidido por Mussolini en todos sus detalles. Cincuenta mil hombres se concentran en la campaña romana dispuestos a marchar sobre la capital; al grito de "¡Viva el rey!", el ejército de los camisas negras sitia a Roma, y en Roma no está solamente el Gobierno, sino que está también el rey. Aunque la lealtad de Mussolini, que se apoya en un ejército revolucionario, no haya tenido aún tiempo de envejecer, un rey constitucional debe preferirla a la lealtad de un Gobierno desarmado. Cuando el Consejo de Ministros decide someter a la firma del rey el decreto que declara el estado de sitio en toda Italia, el rey, según parece, se niega a firmar. No se sabe exactamente lo sucedido en este caso; lo que es evidente es que el estado de sitio fue proclamado, pero no duró más que medio día. Demasiado poco si el rey ha firmado el decreto; un poco demasiado si realmente no lo ha firmado.

RECENSIONES

Por medio de la táctica revolucionaria que había aplicado sistemáticamente durante tres años de lucha sangrienta, el fascismo se había apoderado del Estado mucho antes de la entrada de los camisas negras en la capital. La insurrección no hacía más que derribar al Gobierno. Ni el estado de sitio, ni la situación de fuera de ley de Mussolini, ni la resistencia armada, hubieran podido hacer fracasar, en 1922, el golpe de Estado fascista.

—Debo a Mussolini—decía Giolitti— el haber aprendido que no es contra el programa de una revolución contra lo que debe defenderse un Estado, sino contra su táctica.

Y él confesaba sonriendo que había sido incapaz de aprovechar esta lección.

De todas formas, parece aconsejable el indicarlo—y así lo hace el autor cuyas páginas motivan el presente comentario—; no hay que ver en la táctica del golpe de Estado fascista una táctica de un reaccionario. Mussolini no tenía nada de un D'Annunzio, de un Kapp, de un Primo de Rivera o de un Hitler. Como marxista, evaluaba las fuerzas del proletariado y apreciaba su papel en la situación revolucionaria de 1920; como marxista, llegaba a la conclusión de que era necesario, ante todo, acabar con los sindicatos obreros, sobre los cuales se apoyaría el Gobierno, sin duda, para defender al Estado. Tenía miedo a la huelga general: la lección de Kapp y de Bauer no había sido tiempo perdido para él. Los historiadores oficiales del fascismo, cuando quieren demostrar que Mussolini no era un reaccionario, recuerdan su programa de 1919. En realidad, conviene subrayarlo, en el que creían sinceramente la inmensa mayoría de los camisas negras—y la vieja guardia fascista ha permanecido fiel al espíritu de 1919—era un programa republicano y democrático. Pero no es el programa de 1919 el que revela la educación marxista de Mussolini; es el concepto de la táctica del golpe de Estado fascista, la lógica, el método con que él lo aplica.

Al profesor Hamilton se le nota hondamente preocupado, en no pocos lugares del ámbito geográfico editorial de su libro, por especificar nitidamente las notas esencialmente «originales» del movimiento fascista. ¿Cuáles son esas notas que tantos apologistas han manoseado de forma tan grosera como estéril...? La revolución socio-política que originó Mussolini, a pesar de todo, tiene rasgos profunda y esencialmente originales. Hay quien desafortunadamente ha dicho que la ideología política de Mussolini no fue otra cosa que una mala comedia. No es feliz, y así debemos hacerlo constar, dicha calificación: Para comprender bien la Italia de nuestros días—escribía por aquel entonces nuestro admirado Curzio Malaparte—, hay que considerarla objetivamente, es decir, olvidarse de que ha habido romanos e italianos del Renacimiento.

—Podrá usted darse cuenta así—decía yo a Israel Zangwill—de que no hay nada antiguo en Mussolini. Es siempre, y a pesar suyo algunas veces, un hombre moderno. Su juego político no es el de César Borgia; su maquiavelismo no difiere mucho del de Gladstone o del de Lloyd George, y su concepto del golpe de Estado no tiene nada de común con el de Sila o con el de Julio César. Estos días oirá usted hablar mucho de César y del Rubicón; pero eso es retórica de buena fe, que no impide a Mussolini concebir y aplicar una táctica insurreccional completamente moderna, a la cual el Gobierno no podría oponer más que medidas de policía.

RECENSIONES

Israel Zangwill me hacía notar—nos indica el malogrado Curzio Malaparte—, no sin ironía, que el conde Oxenstiern, en sus célebres *Memorias* a propósito de la etimología de la palabra «César», encuentra el origen de esta palabra en la palabra púnica «cesar», que significa elefante.

—Espero realmente—añadía él—que, en su táctica no revolucionaria, Mussolini sea más ágil que un elefante y más moderno que César.

Era muy curioso ver de cerca lo que yo llamaba la máquina insurreccional fascista—especifica el notable periodista italiano—, porque él no llegaba a comprender cómo puede hacerse una revolución sin barricadas, sin combates en las calles, sin cadáveres en las aceras.

—Todo se desarrolla en medio de un orden perfecto—exclamaba—. ¡Es una comedia; no puede ser más que una comedia!

En un determinado momento, como el futuro lector de estas páginas advertirá con toda claridad, el libro del profesor Hamilton adquiere un tono de impresionante gravedad: es el momento de decidir si, en el fondo, el fascismo es una forma o variación del socialismo. En efecto, entrando ya en la muy comprometida y seria situación de juzgar la eficacia de las realizaciones efectuadas por Mussolini es evidente que hay que reconocerle aportaciones muy positivas. Justamente, ha escrito un agudo conocedor del fascismo—es obvio que nos estamos refiriendo al doctor Brissaud—, «hay que reconocer las realizaciones de Mussolini, que han sido considerables. Su lugar en la Historia está asegurado, ya que ha sido el primero en inaugurar una nueva forma del socialismo, el socialismo del nacionalismo, que en seguida fue adoptado por muchos otros países, y que en su tiempo cambió el aspecto de Europa». Sin embargo, añade el autor citado, «en contradicción con las ventajas materiales que confirió a Italia, su innovación no fue benéfica, y la moda que lanzó tuvo consecuencias catastróficas. A pesar de ello, su revolución fue un acontecimiento de importancia».

Las «ventajas materiales» no fueron en absoluto despreciables. Para hacer de Italia el Estado moderno y potente que sueña, Mussolini emite un programa de obras públicas tal que aún no se ha conocido uno semejante en la Europa moderna. Esto debe ser, según el Duce, la nueva *Pax Romana*. Se construyen escuelas, estadios, piscinas, orfanatos, hospitales, estaciones, líneas férreas, puentes, canales, carreteras e incluso autopistas. Se emprende la *Bonifica Integrale* (empresa de secado de tierras). Se drenan terrenos pantanosos, se desecan los famosos pantanos Pontinos, foco de malaria, que se convierten en una risueña campiña, bautizada Littoria, en la cual se instalan 75.000 habitantes, que llegan de los lugares más pobres de Italia, y donde pronto se erigen las ciudades de Littoria, Sabadia, etc. Para despertar los recuerdos del «glorioso pasado», se financian trabajos arqueológicos gigantescos, particularmente en Roma. «En cinco años—dirá Mussolini—, la capital italiana maravillará al mundo entero. Será tan inmensa, ordenada y potente como lo era en los primeros tiempos del Imperio, en los tiempos de Augusto. La tercera Roma se extenderá por encima de las colinas, a lo largo de las orillas del río sagrado, hasta las costas del mar Tirreno...» El programa previsto no se realiza enteramente, pero, sin embargo, en vísperas de la guerra, está muy avanzado.

Sin embargo, como muy oportunamente nos indica el profesor Hamilton, Mussolini—si en algún momento llegó a coquetear con el socialismo—no tuvo que esforzarse mucho para romper con el mismo: la revolución es-

RECENSIONES

taba en el ambiente, y, naturalmente, el propio Mussolini lo sabía perfectamente. Hábilmente, pues, supo imponer su mando y firme personalidad. En los primeros momentos de su advenimiento, casi se le llegó a considerar, por el pueblo italiano, como un regalo del cielo. En honor a la verdad, su personalidad era extremadamente fuerte. Existe, justamente, en torno de la misma toda una arrogante literatura. No faltan, por lo tanto, esclarecidos certificados: Georges Sorel le considera «no menos extraordinario que Lenin». Lenin, dirigiéndose a algunos camaradas socialistas venidos a verle a Moscú, declara: «¿Y Mussolini? ¿Por qué le habéis perdido? ¡Qué equivocación! ¡Qué fallo!» Y añade: «Es un hombre de carácter que os habría conducido a la victoria.» León Trotsky, que había dicho a menudo: «Mussolini es nuestro mejor discípulo», encareció: «Vuestra única carta buena, Mussolini, la habéis perdido.» El viejo general italiano Cardona dice a un amigo: «Mussolini es el hombre más luminoso de la nueva Italia.»

La verdad es que, así lo confesó el propio interesado, desde muy pronto Mussolini dejó de ser socialista—cuando menos al viejo estilo soviético—. Consecuentemente, no tuvo otro remedio, lanzó andanadas rojas sobre los nuevos dueños de Rusia y solía repetir con cierta frecuencia: «El partido socialista no solamente se ha opuesto a la guerra, sino también a la victoria. No se prepara ni siquiera a recoger los frutos. Defendiendo los principios del bolchevismo internacional, los socialistas han perdido hasta el derecho de ser considerados los campeones de la clase obrera italiana.» Entendiéndole bien, en sus artículos y sus discursos, Mussolini se esfuerza en demostrar que en él tiene el amigo y el abogado la clase obrera italiana. En seguida se vuelve contra el comunismo leninista de entonces y se afirma como nacionalsocialista cada vez más, etiqueta que responde en aquel momento al estado mental de los italianos. Las palabras de Mussolini son escuchadas por oídos predispuestos. Este nacionalsocialismo mussoliniano no tendrá más que lejanas relaciones, y además muy superficiales, con el nacionalsocialismo de Adolfo Hitler. Notemos, en todo caso, que Mussolini—eso parece darse a entender en cierto lugar de este libro—se beneficia grandemente también de la ceguera egoísta y de la incapacidad de los antiguos partidos políticos italianos.

La situación en Italia en los años 1918-1922 corresponde con mucha exactitud a las condiciones fijadas por Lenin, en octubre de 1917, para el éxito de una revolución: incapacidad de la clase dirigente, hostilidad general al orden establecido, simpatía de la clase media y descontento de la clase obrera. Sería necesario añadir este juicio de Hegel, que dice: «El gran hombre de una época es el que puede expresar en palabras la voluntad de su época, decir a su época cuál es su voluntad y ejecutarla.» Este juicio se puede aplicar a Mussolini tanto como a Lenin y, más tarde, a Hitler.

Pero, en estos años de 1918-1922, ¿se puede considerar a Mussolini como «el hombre del momento», el «gran hombre de una época», el «salvador que esperaba Italia»? Durante este período, físicamente, Mussolini no aparece aún como una *prima donna*, un «César de carnaval» o un «Maquiavelo de vía estrecha», pero sí como el domador que va a poner al paso a los políticos podridos o invertebrados, ahogar las caballerizas de la realeza, aplastar las coaliciones de capitalistas y burgueses para hacer de Italia una gran nación.

RECENSIONES

Yo le reprocharía al profesor Hamilton, si me viese compelido a ello, dos cosas, a saber: no haber profundizado en la compleja personalidad que caracterizó a esas figuras tan semejantes y opuestas, tan próximas y distantes, como lo son las de Mussolini y la de Hitler. El autor ha preferido, en cambio—y posiblemente esto sea lo acertado—, estudiar muy de cerca lo que el fascismo, a través del prisma ideológico en que con mayor o menor fortuna se descompuso, supuso en Alemania, Francia, Italia e Inglaterra. De todas formas, y así debemos hacerlo constar, no nos resignamos—aunque sea recurriendo a las razones expuestas por otro autor—a no indicar, aquí y ahora, algo en torno de la compleja personalidad del Duce.

El carácter de Mussolini—ha escrito Guichonnet—es una suma de contrastes, componiendo una personalidad compleja. Si el fascismo fue una evolución continua y una adaptación a las circunstancias, bastantes caracteres típicos que se remontan a los años oscuros de los comienzos permanecen en el comportamiento del Duce. En primer lugar, la sed de acción, la atracción de la violencia y la ambición de medro. Mussolini es un extrovertido, a quien le gusta figurar y retocar su personalidad. Este frenesí ostentoso de movimiento se traducirá por la pasión de conducir coches y aviones y la afición al deporte. El agitador socialista deslumbra por el fuego devorador de la mirada y la agitación del gesto; el Duce, grueso y ceñido en su uniforme, conservará la misma máscara, siempre engallado y provocador. Detrás de esta fachada hay, no obstante, reacciones más prosaicas de «pequeño burgués», como lo definirá Paolo Monelli, uno de sus biógrafos más penetrantes. Una satisfacción de advenedizo compartiendo la sociedad de los poderosos, un envaramiento escondiendo la torpeza y la falta de educación, que no siempre disimularon la desenvoltura con los seguidores, y el culto a la personalidad que predomina a partir de 1932. Este hombre es, sin embargo, un aislado, imbuido a la vez de su propia superioridad y receloso de sí mismo.

Mussolini es un inquieto, un timorato, un «poltrón», dirán incluso varios testigos que lo han conocido bien. Espera y difiere el momento de actuar, lo que le permite conseguir que el adversario se descubra, y dejar madurar la situación. Demagogo, descuella al plegar su acción a la coyuntura, explotando las ocasiones que él no ha suscitado. Esta actitud fluctuante, celebrada como un olfato político adivinatorio, llegará a convertirse, en los años difíciles de la II Guerra Mundial, en una verdadera abulia. Por un extraño contraste, y a medida que el deterioro físico debido al exceso de trabajo y a la úlcera de estómago se intensifica, la personalidad del Duce, envarada en su impasibilidad, disimulará el declive de la voluntad, para no dar lugar más que a reflejos, a mecanismos mentales, reaccionando frecuentemente a destiempo ante acontecimientos sufridos y ya no dominados.

Verificado ese pequeño retrato, en el que tantas y tan características genialidades del dictador italiano necesariamente hemos dejado al margen, vamos a referirnos ahora, casi cuando resulta obligado el poner punto final a nuestro comentario, a lo que, bajo grandes titulares, podríamos subrayar como «el atractivo de Mussolini y su increíble torpeza en el ámbito de lo estrictamente internacional». Título, posiblemente, excesivamente amplio, pero, al mismo tiempo, muy expresivo. Gunther, uno de los periodistas de la época que más a fondo se ocuparon de analizar el fenómeno fascista,

dio a la luz las siguientes y muy significativas palabras: «Fui claramente atrapado por Mussolini. Bueno, lo mismo le ocurrió a mucha otra gente, incluyendo prácticamente a todas las "firmas" británicas y norteamericanas de la época. (Evidentemente, la palabra "firma" no era usual hacia 1936.) Incluso el señor Churchill miró al Duce en ciertas ocasiones. Y también Bernard Shaw. Los que vieron más allá de él o se negaron a tomarlo por el valor de su cara fueron tachados de radicales, excéntricos o "intelectuales". Mussolini era el hombre que sacaba los mendigos de las calles, "hacia a los trenes llegar a su hora", realizaciones que se suponían excusaban al fascismo. Puedo decir, incidentalmente, que en mi propio texto no menciono ni una vez estos dos clisés. Incluso entonces era lo bastante inteligente como para saber que el hecho de que los trenes llegaran a la hora, o la expulsión de los mendigos, no justificaba la supresión total de las libertades civiles, y había montones de países en el mundo con trenes, se crea o no, que llegaban a la hora sin tener que soportar un Mussolini.

No fueron los excesos y los ultrajes del fascismo en el interior los que privaron al Duce del favor de las clases reaccionarias y privilegiadas del exterior. Mussolini perdió la estima general cuando comenzó a convertirse en un estorbo internacional y a entremeterse en los intereses nacionales rivales, aunque muchos conservadores continuaron admirándole extravagantemente. Pero su invasión de Abisinia, ahora llamada Etiopía, en 1935, fue una píldora dura de tragar para casi todo el mundo. La intervención fascista en España, y la formación del Eje Roma-Berlín al año siguiente, alienó a la mitad del mundo. Llegó la II Guerra Mundial, y Mussolini atacó a Francia por la espalda, después de lo cual nadie pudo pretender que era respetable.

Pero, en rigor, lo que arruinó a Mussolini—aunque con palabras categóricas no se nos indique en este libro—fue Hitler. Hitler le arrastró a los abismos. Todo el mundo sabe que su régimen se hundió (julio de 1943) después de la invasión de Sicilia por los aliados. Al fin (1945), murió como un chacal, asesinado por los guerrilleros italianos y colgado por los pies en una plaza pública de Milán, junto con su amante. ¡Qué gran ópera! Tenía razón cuando dijo que no moriría de forma corriente.»

En definitiva, no existe otra posibilidad, efectemos la pregunta que da subtítulo a estas páginas: ¿cuál era la auténtica ilusión de la dictadura fascista...? Para el doctor Nolte, efectivamente, el fascismo aparece, ante todo, como sublimación de la acción propia, de sus propias grandezas, y sólo en segundo término como expresión de la historia nacional cortada según los patrones propios o aquella otra evocada para la ocasión (¡Roma!). Pero todas las líneas ideológicas o de agitación iban a converger en el Duce, el hombre providencial, que había salvado a Italia del bolchevismo y conseguido que su papel en el mundo resultara decisivo. La propaganda gustaba escenificar delirantes manifestaciones masivas, y no es dudoso suponer que tanto el partido como la gran masa popular se entregaba con entusiasmo al espectacular juego. La monotonía de una existencia reglamentada hasta en sus mínimos detalles era bien patente, por otra parte, en numerosos aspectos de la vida pública, como en el caso de la prensa, cuya impetuosa corriente de elogios y loas pronto anegó toda la verdad hasta en sus detalles más insignificantes. La fascistización de las escuelas y las universidades hacia, pese a todo, progresos mucho más lentos: de

RECENSIONES

todos modos, la declaración de adhesión al régimen solicitada en 1931 fue suscrita por los catedráticos, casi sin excepción, y desde 1934, el Partido hizo saber a los maestros que esperaba de ellos que impartieran sus enseñanzas vestidos de uniforme.

En el campo del arte, la situación resultaba bastante más compleja. Como ya había demostrado la influencia del futurismo, gustaba el fascismo primitivo de mostrar tendencias vanguardistas, y durante largos años fue posible, bajo patrocinio fascista, pintar cuadros, elevar edificios y llevar a efecto discusiones en las que estaban bien patentes las influencias del arte moderno. Pero no se trataba, en rigor estricto, de arte fascista, es decir, de una expresión propia y unas formas de propaganda singularizadas. Este carácter híbrido aparecía con claridad en las poblaciones erigidas por la obra de colonización, como Sabadía y Littoria, en zonas antes pantanosas, e incluso, hasta un determinado grado, en la «Mostra della Rivoluzione Fascista» del año 1932. Hubo que esperar a los años treinta para que aparecieran expresiones propias del fascismo, y surgieron algunas de sus muestras, como la monumentalidad de las musculosas y mármóreas figuras del Foro Mussolini. En el campo de la cinematografía se registró un aumento de la influencia estatal, que culminó en 1935 con la construcción de las instalaciones de «Cinecittà». Con todo, los efectos directos de la propaganda sobre la producción cinematográfica fueron menores que en Alemania: al lado de unos cuantos filmes de propaganda, predominó la musa ligera de unos géneros sin problemas. Es discutible hasta qué punto puede considerarse específicamente fascista la obra de Giovanni Gentile y la escuela dei «idealismo actual». Cierto que la redacción de la *Enciclopedia Italiana* fue una obra de gran peso internacional; pero no menos cierto que en su plantel de colaboradores encontraron cobijo innumerables opositores del régimen y que no tuvieron para ello que hacer traición a sus conciencias.

Así, la entera perspectiva de la cultura del Estado fascista aparece de diversos colores. Sólo en el centro aparecía un punto negro, donde cultura y propaganda eran idénticos, es decir, fascistas: organización de masas y literatura política. En los bordes (la investigación personal científica) se atenuaba considerablemente el negro del régimen, aunque seguía siendo el elemento activo que procuraba extenderse cada vez más. La respuesta a la pregunta sobre si hubiera podido llenar enteramente la circunferencia quedó en el aire a causa del curso de la historia, pero está fuera de toda duda que la vida cultural italiana, bien de acuerdo o en divergencia con los principios propagandísticos del partido, se diferenciaba de una manera característica de la existencia cultural de las demás naciones.

Hay cosas muy importantes en las páginas que nos ofrece el doctor Hamilton y otras, por el contrario, que no lo son, o, al menos, no alcanzamos a adivinar la importancia que las mismas entrañan para haber sido analizadas con tanta minuciosidad. El autor, independientemente de otros altos méritos—seriedad, documentación, fidelidad al hilo de la historia, cuidada prosa (es excelente la traducción de estas páginas), etc.—, tiene la virtud, que no es poco, de haberse enfrentado con el estudio político-social de este extraño movimiento—inexplicable en no pocas de sus facetas—. Ya lo señaló, con la autoridad que le caracterizaba, nuestro más alto pensador—Ortega y Gasset—cuando, precisamente, en las páginas de su obra más

RECENSIONES

querida—*El espectador*—nos hacía notar, entre otras muchas cosas, lo siguiente: «El fascismo tiene un cariz enigmático, porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo, y, a la vez, organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece proponerse la forja de un Estado fuerte, y emplea los medios más disolvente, como si fuera una facción destructora o una sociedad secreta. Por cualquier parte que tomemos el fascismo, hallamos que es una cosa, y a la vez la contraria...»

¿Algo más que decir? El fascismo —así queda consignado en las páginas de este libro— fue, sin duda, algo más que un simple fenómeno histórico. En efecto, puntualiza en postrera conclusión el doctor Hamilton, al menos en el fascismo, Gentile veía la fiel realización del axioma de Mazzini *pensiero e azione*, la negación del «intelectualismo» que se había desarrollado desde el Risorgimento, y que constituía la principal fuerza que se oponía al régimen de Mussolini. En el fascismo, pensamiento y acción coinciden perfectamente «y no se atribuye al pensamiento ningún valor que no pueda ser traspasado o expresado en acción: de aquí todas las formas de la polémica antiintelectual que es uno de los temas más repetidos por los fascistas. Esa polémica —debo subrayarlo (nos dice el autor)— es profundamente mazziniana, dado que el intelectualismo está divorciado de la acción, la ciencia divorciada de la vida, el cerebro del corazón, la teoría de la práctica».

No faltan, por último, defensores de ciertos aspectos de la ideología fascista que entrañan una excepcional categoría humana e intelectual como, por ejemplo, la del recientemente desaparecido profesor Del Vecchio para quien, y no le ha temblado la pluma al escribirlo, «la verdad es que la Revolución fascista no es más que un paso adelante en el camino de la realización histórica del derecho natural. Resulta radicalmente injusto —nos dice— y acrítico concebir al Estado fascista como un Estado absoluto y totalitario, legitimado históricamente por la revolución irracional o violenta. La revolución fascista no fue un derecho de los más fuertes, y de los más agresivos o de los más astutos, sino un deber de conciencia histórica cumplido por los más aguerridos...». El futuro lector de estas páginas, pues, encontrará en las mismas motivos de sugestiva y excepcional polémica. He aquí, justamente, otra de las cualidades que el profesor Hamilton ha sabido imprimir a su importante trabajo.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

ANDRÉ BEAUFRE: *Crises et guerres*, Paris, Presses de la Cité, 1974, 380 pp.

Estamos ante una obra de los maestros del pensamiento en el terreno militar: André Beaufre.

El general Beaufre ha sido¹—en testigo eminente de su tiempo— un analista de los grandes problemas que la estrategia plantea en el mundo contemporáneo. Estudioso de la estrategia en su significado más amplio. En este

¹ Recuerde el lector que el general Beaufre falleció el 13 de febrero de 1975, en Belgrado.

RECENSIONES

sentido, observemos que, si la Política, en tanto que «arte de lo posible», tiende —como dice L. Gabriel Robinet, miembro del *Institut*, en el prólogo de este libro— a explotar la ocasión y, por ende, *la línea de menor resistencia de la acción más fácil*, la estrategia, que debe —esencialmente— referirse a un objeto lejano, define primero *lo deseable* —por consiguiente, lo necesario—, buscando después *los medios de hacer posible lo deseable* y, si es necesario, de una manera *difícil* o *indirecta*.

Y eso es lo que se aprehenderá en las páginas de esta obra. El volumen reseñado es la recopilación de una serie de artículos —aparecidos en el diario *Le Figaro*—, redactados de una manera clara y lógica, que permiten comprender las grandes crisis militares mundiales de nuestro tiempo: en esencia, la Historia contemporánea.

* * *

El libro se abre con un capítulo —titulado *Viajes en zigzag* (pp. 13-39)— sobre el valor de los viajes como toma de contacto con las realidades internacionales, que no enseñan —generalmente— más que muy poco sobre esas realidades. Razón de este aserto: hoy, un hombre cultivado de un país normal conoce casi todo lo que pasa en el mundo —por la Prensa, la Radio, etcétera—. Ahora bien: aquí ha de hacerse un distinguo: a pesar de eso, los viajes permiten *comprender mejor*: restableciendo *en sus justas proporciones* la información —fácilmente tendenciosa o deformada por causas diversas—.

Pues bien; en este capítulo se hacen reflexiones sobre Libia —y el golpe de Estado de «un equipo de capitanes», «notablemente preparado y ejecutado»—; Canadá —«joven Potencia en pleno desarrollo», pero cuya seguridad «depende esencialmente de su alianza con los Estados Unidos»—; la India —y sus dilemas—; la Argentina —vista con optimismo—; el Brasil —con no menos optimismo, presentándolo como «los Estados Unidos del siglo XXI»—; Africa del Sur —aunque segura de su derecho, sintiéndose entre la espada y la pared, dispuesta a defenderse duramente, para lo que cuenta con la voluntad y los medios militares—, etc.

* * *

El siguiente capítulo enfoca «el drama del Cercano Oriente» (pp. 41-84). Cercano Oriente: encrucijada donde se desarrolla —con la cuestión del petróleo como telón de fondo— el drama del despertar de los pueblos árabes a la civilización moderna y del difícil nacimiento del muy viejo y muy joven Israel. El autor ve la problemática de esta región como nueva «Cuestión de Oriente», con larga crisis, amenazas sobre el mar Rojo, la guerra medio-oriental y la victoria israelí —con técnica de la guerra-relámpago—, y ante un Nasser «mejor político que estratega» (*vid.* p. 53). De todo ello, destacaremos el punto en que el general Beaufre nos presenta el enfrentamiento entre «un verdadero Ejército popular, entusiasta, equipado *à la diable*, pero altamente entrenado» —el israelí— y «un Ejército regular congestionado de material y agarrotado por esquemas estereotipados» —el egipcio— (cons. p. 58). En fin, como dice el autor comentado, victoria de «un Ejército nacional donde todo el pueblo lucha por defender su derecho a la existen-

RECENSIONES

cia». Lo que, a juicio de André Beaufre, «prueba que, incluso en la edad de las técnicas nuevas, es preciso —desde el punto de visto moral— no sólo que el país esté estrechamente asociado a su defensa, sino que las fórmulas de Ejército nacional del tipo de las milicias israelíes permiten poner en pie fuerzas de *alta calidad*» (vid. p. 62).

Parejamente, el volumen reseñado presenta las razones —y las enseñanzas— de la victoria de Israel de 1967, entra en el tema del terrorismo —«un medio muy antiguo de lucha»; asimismo, «enfermedad crónica»— y su explicación ante la imposibilidad —por el hecho de la disuasión nuclear— de la gran guerra, mundial y paroxísmica (cons. pp. 72-73). Parejamente, se plantea la cuestión de la decepción egipcia ante las circunstancias del «protectorado militar soviético» (*sic*) —que se concretaban en la negativa de la URSS a seguir otra política que no fuese el mantenimiento del *statu quo* (vid. p. 81)— y la situación de Egipto en el gran juego mundial de fuerzas, etc.

«La tragedia asiática» constituye el objeto de otro capítulo (pp. 85-147), tratándose desde los *aspectos estratégicos del problema vietnamita* hasta la *confusión en el S. E. asiático*, pasando por *las tres Asias* y la *India*.

Pues bien; en este apartado, hay una aseveración cumbre. Es ésta: «*El fin del siglo XX será el principio del siglo de Asia*» (vid. p. 89). Asia, saliendo de su adormecimiento milenario, «se transforma con una increíble rapidez»: desarrollo de las técnicas modernas sobre la infraestructura de sus antiguas culturas, forjando una nueva civilización *compuesta*. Por lo demás, modernización acelerada que lleva consigo fenómenos sociales, crisis y penosas mutaciones intelectuales y morales (cf. p. 112). Y el general Beaufre habla del «gran drama que es el despertar de Asia, su liberación de las influencias extranjeras y su adaptación al mundo moderno».

Dentro de ese tremendo cuadro, el autor plantea la existencia de un *Asia soviética*, de un *Asia maoísta* y de un *Asia insular y peninsular* —en el Este y en el Sudeste— (pp. 123 y 113) de base económica firmemente liberal, corregida a veces por instituciones originales, pero inspirada siempre en el modelo estadounidense (cf. p. 113).

Y, precisando más en la evaluación del panorama en general, Beaufre estudia: a) La enorme China: «gigante que se despierta» (p. 88) y que se esfuerza por aplicar las fórmulas que Mao Tse-tung ha concebido «de una adaptación del marxismo al pensamiento chino tradicional». b) El Japón: i) país «obstinado y eficaz» (p. 88), con una sociedad muy jerarquizada (p. 121), el Estado de la *potencia por la expansión económica* —estrategia sobre la que la nación japonesa es unánime— (vid. p. 123) y la tercera Potencia económica mundial (cons. p. 120), y con el nacimiento de una nueva civilización (p. 120), pero también con otras cosas como una juventud turbulenta, protagonista de una violencia desconocida en otros lugares. ii) Estado con contradicciones en su situación internacional: su vinculación a los USA y su alergia a las armas nucleares, pero con el dilema —ante la coyuntura mundial actual— de armarse más seriamente o seguir entregado a la protección de los Estados Unidos (cf. p. 123). c) India: «joven e inmenso país», que alumbra «una nueva juventud» (pp. 88-89), que ha de resolver

RECENSIONES

«una multitud de problemas difíciles»: *i)* considerables problemas interiores: falta de homogeneidad, y tensión entre el crecimiento demográfico y la renta nacional; *ii)* problemas sobre todas sus fronteras, imponiéndole la necesidad de consagrar a la defensa nacional el 3.4 por 100 de su renta nacional—tanto como Francia— (pp. 124-126); *iii)* necesidad de paz para concentrarse sobre los inmensos problemas interiores. *d)* Camboya y Laos, con «la ficción» de la neutralidad, etc. (cf. p. 131).

Y, de este apartado, hemos de resaltar la mucha atención al problema vietnamita. Máxime cuando este problema constituye un claro ejemplo de conflicto llevado a cabo por los procedimientos de la llamada *estrategia indirecta*. Esta se da cuando «los medios empleados no tienden a alcanzar una victoria militar, sino a obligar a un adversario a aceptar ciertas condiciones, por un conjunto de presiones donde las fuerzas militares no desempeñan el papel decisivo» (*vid.* p. 89). En suma, conflicto donde no es aplicable la decisión puramente militar (*vid.* p. 90). Ahí están los considerables medios—impresionantes— utilizados por los USA con resultados insuficientes² (cf. pp. 98-99). Es decir, situación en donde tienen importancia los factores psicológicos, políticos, diplomáticos y —eventualmente— económicos, empleados junto a los medios militares (*vid.* p. 89).

- - -

Los problemas de la *estrategia mundial* ocupan una buena porción del volumen recensionado (pp. 149-201).

En esta parte, nos encontramos —lógicamente— con la idea del paso de *un mundo esencialmente bipolar* de los años cincuenta—dos polos de potencia, dos ideologías, dos Supergrandes— a *un mundo multipolar*, en el que aparecen como elementos clave:

a) El enfrentamiento URSS-China, considerado por el autor como *el conflicto central* de la década de los setenta: *i)* Las causas fundamentales del conflicto chino-soviético: ante todo, de orden ideológico. Aunque las dos sean marxistas, China y la URSS difieren fundamentalmente en su visión del mundo moderno. La Unión Soviética cree que la victoria final puede ser obtenida sin guerra: por la superioridad del país socialista más avanzado. China cree en la victoria por el levantamiento de los pueblos proletarios bajo la dirección de Pekín (pp. 153-154). Pues bien; para Beaufre, las causas del conflicto Moscú-Pekín son causas *profundas* que no permiten esperar una verdadera reconciliación (cf. p. 156). *ii)* Más, razones más materiales y profundamente pasionales: por parte china, desde los Tratados desiguales hasta los sentimientos anti-rusos chinos, muy desarrollados; por parte soviética, el prejuicio racial de los rusos hacia los asiáticos, etc. (cf. p. 154). *iii)* E, incluso, la existencia de fermentos de origen chino o cubano tendentes a desarrollar una fórmula occidental de revolución cultural, y la acción sutil de un comunismo revolucionario que podrá amenazar a la URSS (cf. p. 158).

b) Las consecuencias estratégicas de un mundo multipolar montado alrededor de la oposición chino-soviética. Multipolaridad entrevista desde la siguiente perspectiva: *i)* Las políticas nucleares de China y de Francia.

² En la perspectiva de 1975, no ya *insuficientes*, sino *desastrosamente inútiles*.

RECENSIONES

ii) El «desarrollo económico excepcional del Japón y de Europa que, aunque sin contrapartida militar notable, ha tenido por efecto crear dos nuevos centros de *potencia potencial*». iii) Más la extensión de la CEE y la admisión de la R. P. de China en la ONU.

Todo eso hacía entrar al mundo en una «constelación netamente pentapolar» (vid. p. 160). Y, en tal tesitura, nos encontramos —siguiendo al general Beaufre— con: i) La estrategia *tripolar*. Una particularidad de ella: «la alianza de hecho» USA-URSS, que «está en la lógica estratégica» (cf. p. 164). Pues bien; a juicio del autor, esa estrategia favorece a Washington. Aquí, un hecho clave: «China no quiere a ningún precio aproximarse a Moscú» (vid. p. 176). ii) Los nuevos equilibrios en Asia: α) deseo de la URSS de encerrar a China en un cinturón de Estados más o menos aliados; β) deseo de la República Popular China de rodearse de un cinturón de Estados neutros y simpatizantes (vid. p. 181); γ) papel de la potencia nuclear china sobre la URSS y sobre el Japón, con interrogantes —y condicionantes— que acumula el autor (vid. pp. 182, 179, etc.); δ) la dependencia de la paz en Asia: no del Japón ni del S. E. del Continente, sino de las relaciones soviético-chinas (vid. pp. 182-183); ϵ) la gran incógnita de la política asiática: el futuro de China, sobre cuyas concepciones político-estratégicas hay que situar la fórmula de Mao: «Despreciar al adversario estratégicamente y respetarlo tácticamente» (p. 184); ζ) el gran asunto de las armas nucleares y Asia, contemplado desde el desarrollo chino del armamento nuclear, y un corolario: la evidencia de que los armamentos nucleares producen necesariamente reacciones de equilibrio (cf. p. 169).

c) Punto importante en toda panorámica estratégica mundial: lo constituyen las perspectivas estratégicas nucleares, que el autor plantea en la óptica de que *la situación nuclear ha sido el principal factor de estabilización a escala mundial*, en razón de que —en el estado actual de la técnica— las destrucciones resultantes de una guerra nuclear serían *recíprocas*. Pues bien; las perspectivas estratégicas nucleares dependen esencialmente de tres grandes variables: i) el estado estable o inestable de la situación nuclear; ii) la coyuntura internacional, singularmente las relaciones USA-URSS, así como las relaciones USA-China y URSS-China; iii) la coyuntura interior de la Unión Soviética, de los Estados Unidos y de la Europa Occidental. Aparte de otros factores como el progreso de los *antimissiles*.

Tema este último que entra de lleno en la gran cuestión de la limitación de los armamentos nucleares estratégicos, con los subtemas de los cohetes de cabezas múltiples (vid. pp. 186-193) y de los *antimissiles*. Especialmente, el primero, al ser su eficacia práctica bastante imprevisible y, por tanto, introduciendo «un factor de considerable incertidumbre que falsea todas las evaluaciones» (p. 187).

Pues bien; pieza clave en este asunto de la limitación de los armamentos nucleares es la llamada *disuasión al menor precio*: Acuerdo de 1972 sobre limitación de armas estratégicas. Acuerdo carente de precisión alguna en *materia de control* y que «representa esencialmente una prueba de *buena voluntad recíproca* y de *confianza* entre la URSS y los Estados Unidos». Dicho de otra manera: «el equivalente, bajo un aspecto técnico, de un Acuerdo de no-agresión» (p. 194). Con una advertencia: con este Acuerdo, la carrera de armamentos nucleares se centraba en el terreno *cualitativo*

RECENSIONES

(p. 195). Extremo sobre el que continuamente insisten los medios de propaganda de la República Popular China (y que nosotros mismos hemos reseñado en esta REVISTA).

* * *

Una cuarentena de páginas se consagran a la valoración del *pensamiento estratégico* (pp. 203-240). Objetivo: la comprensión de la evolución de los problemas estratégicos. Advertencia, con el autor: no se trata de una cuestión esotérica reservada a los especialistas. Al contrario: la profunda evolución producida por el impacto de la existencia de las armas nucleares y el empleo de los procedimientos revolucionarios han hecho que las ideas —del gran público e, incluso, de los medios especializados políticos y militares— modeladas por las terribles experiencias de las dos grandes guerras mundiales hayan sido rápidamente, y extraordinariamente, superadas. De ahí que, hoy, no todo dependa de los generales, sino de la opinión pública, a la que hay que educar (cf. p. 205). Pensamiento tanto más resaltante cuanto que procede de un militar.

Y, preconizando una especie de *totalitarismo estratégico*, el general Beaufre presenta:

a) La concepción de que la estrategia, tomando dimensiones nuevas, se ha convertido en *problema de todos* (a través de las ideas de Jean Guilton, en *La Pensée et la Guerre*).

b) Las lecciones de la vida de sir B. Liddell Hart, el gran pensador militar y fundador del renacimiento actual de la estrategia, en tanto que ejemplo de no-conformismo en el pensamiento militar.

c) Significado de la estrategia de disuasión, examinando: i) la disuasión *bilateral inestable*; ii) la disuasión *bilateral estable*; iii) la disuasión *multipolar*; iv) la *reglamentación nuclear* por negociaciones.

Asimismo, el general Beaufre toca el concepto de la disuasión *por la preparación de la guerrilla con milicias populares*: Yugoslavia, basando su defensa sobre la resistencia *popular* al invasor.

Faceta importante en esta materia es la estimación del fenómeno *guerra* en la escena mundial de nuestro tiempo. Para André Beaufre, como consecuencia de la realidad de las armas nucleares, tenemos *la guerra en estado endémico*, pero bajo formas nuevas limitadas, y *una paz tendiendo a ser* —según la concepción leninista— *«la continuación de la guerra por otros medios»* (p. 224). En suma, según el autor de este libro, *la guerra es cada vez menos un fenómeno puramente militar*. «Jamás lo ha sido, pero en nuestros días los factores económicos, políticos y morales juegan un papel cada vez más importante. Es por lo que la estrategia —en tiempos, acantonada en lo esencial en el dominio de las operaciones militares— debe, ahora, extenderse a la dimensión de la guerra total para incluir *la totalidad de los factores»* (vid. p. 64).

Y, en este gran contexto de la singularidad contemporánea de la dinámica bélica, aflora el delicado problema del *terrorismo*, en tanto que secuela lógica de las condiciones que rigen actualmente el desarrollo de los conflic-

RECENSIONES

tos, con el pronóstico de que, «como una lepra», «va a extenderse al conjunto del planeta para intentar resolver conflictos esencialmente locales» y cuya «abusiva extensión debe ser combatida con energía y resolución» (vid. p. 226).

* * *

En el volumen comentado, hay una preocupación —a nuestro entender— básica: *la seguridad europea*. El asunto ocupa el capítulo de mayor extensión: páginas 241-314. Y lógica la preocupación: «problema permanente de aspectos siempre cambiantes» (p. 274).

Temática que abarca una serie de aspectos plenos de contenido y de consecuencias insoslayables:

a) Problemática de la Alianza atlántica: i) Alianza que levantaba providencialmente una organización militar eficaz, sostenida por la potencia nuclear estadounidense en pleno desarrollo, y que restablecía en Europa el equilibrio roto en el Continente en beneficio de la URSS (p. 248). ii) Pero, también, Organización montada «bajo una dirección enteramente americana»³, con imposición del inmovilismo (p. 250), y surgimiento de situación de crisis (con la salida de Francia de la Organización militar integrada. iii) Más, asimismo, con un perfil básico: los méritos de la OTAN en los años cincuenta, que no pueden ser olvidados. «La OTAN ha desempeñado un papel probablemente decisivo en la estabilización de la situación en Europa» (p. 280).

b) El problema —«muy delicado»— de la reducción *mutua* de fuerzas —no de reducción *equilibrada*: aunque hubiera sido preciso llamarla, con Beaufre, reducción de fuerzas *con vistas a realizar un equilibrio* (cf. p. 301)—, con la natural desconfianza de Pompidou hacia esta reducción (p. 288), con la advertencia de la necesidad de «un largo período de elaboración y de discusión» realistas de los problemas de seguridad del Continente (p. 288), etc.

c) La cuestión de la defensa de Europa por los europeos. Todo un complejo —y, según nosotros, a veces, acolegante— asunto. En el pensamiento de Beaufre, una dialéctica a base de: i) La realidad de «la protección política» (*sic*) de Europa por los Estados Unidos: algo dado como algo inconcuso, porque Europa representa una baza vital para los USA (cf. p. 309). ii) Mantenimiento de la presencia de las fuerzas estadounidenses en Europa: factor importante como prueba del compromiso de los USA hacia Europa. Ahora bien; situación que no puede prolongarse indefinidamente. Con lo que los aliados europeos de los Estados Unidos deben prepararse a tomar el relevo y levantar entre ellos una nueva Organización de seguridad (cf. p. 309). Circunstancia ante la cual esos Estados europeos se hallan divididos en tres grupos con posiciones diferentes (vid. p. 310). iii) Existencia de planteamientos optimistas de Beaufre en esta materia, como los siguientes: «La Europa económica, que está en vías de tomar forma, desembocará pronto o tarde en una Europa política. Toda Europa política no puede dejar de tener

³ Ahora bien; piénsese que André Beaufre, aun defendiendo la importancia para Francia del arma nuclear estratégica, era partidario —en *L'OTAN et l'Europe* (1966)— de una Organización atlántica «bipolar», uno de cuyos centros de decisión sería Europa. Europa montada alrededor no de la propiedad de las armas nucleares —que debía ser nacional—, sino de la «política general de empleo y del empleo de estas armas en el cuadro de la política fijada de común acuerdo».

preocupaciones estratégicas, aunque no fuera más que para asegurarse la paz y la seguridad» (vid. p. 279). Optimista estimación que lleva anejos una serie de distinguos: α) Dificultad de imaginar una alianza «en estrategia total y mundial sin una *concepción política común*» (p. 311). β) El problema de la seguridad de la Europa Occidental ha de repensarse en el marco de la situación política de la *détente* y de una Europa en curso de estructuración (p. 295). γ) La evidencia de que Europa no puede montarse políticamente —por consiguiente, estratégicamente— sin un cierto acuerdo con la URSS y con los USA (vid. p. 279). δ) Llamada de atención a no lanzar prematuramente a la opinión pública proyectos de reorganización del Continente tan ambiciosos como el de la creación de un «Ejército europeo» para lo que, indiscutiblemente, no está madura (cons. pp. 294-295). Y, en esta línea, hemos de consignar el talante minimalista —¿realista?; ¿conservador?— del general Beaufre. Concretamente, para este autor, el *modelo europeo* no debe ser una extrapolación del Estado-nación, sino una *fórmula nueva* que ha de inventarse, no centralizando más que lo que es estrictamente imprescindible, buscando más la *coordinación* y la *armonización* que la unificación, y reservando celosamente los intereses *esenciales* de los Estados que se unen (p. 286). El mismo tono se ve cuando aborda *las bases de un Ejército europeo*: «no puede haber Ejército federal sin Federación». Por tanto, la única solución es tener una «federación de Ejércitos» (vid. pp. 296-298). Y, en este extremo, señalemos que el general Beaufre ofrece la UEO —«a pesar de sus debilidades actuales»— como núcleo de un sistema europeo de seguridad (cf. pp. 298-300)⁴.

d) Finalmente, yendo —¿viendo?— más lejos, notemos cómo el autor comentado sostiene que la gran cuestión en el orden político radica en «una nueva alianza de los países desarrollados y no-comunistas del Hemisferio Norte», con el objetivo de *armonizar* —si puede— su acción respecto al mundo comunista y respecto al tercer mundo (vid. p. 311).

* * *

Partiendo de la realidad de la crisis de la OTAN y de la evolución de la concepción estadounidense sobre la seguridad, nos encontramos con el problema de *la seguridad de Francia* (pp. 315-344).

Pues bien; constituyendo la seguridad de Europa una necesidad, el hecho es que se trata de un asunto que *no pasa del estado de proyecto*. Lo cual no impide la esperanza de que los europeos comprendan —de lo que estamos lejos— la cuestión y que consientan en el esfuerzo necesario para la defensa europea. Ahora bien; en tanto que esto llega, tenemos una conclusión: Francia debe asegurarse sola —o casi sola— su seguridad. Seguridad que implica «numerosos y difíciles problemas». Veamos:

a) Primeramente, la opción nuclear. Esto: la fórmula estratégica escogida por Francia ha sido la de una Fuerza de disuasión nuclear, que hoy —con armas estratégicas y tácticas— alcanza —según André Beaufre— *di-*

⁴ Un dato, a este respecto, en esa dirección: la UEO puede convertirse «en núcleo central de la Comunidad Defensiva Europea, de la que se vuelve a hablar últimamente», y «que libre a los europeos del sentimiento de plena dependencia» de los USA. Así piensa C. von Radzibor en *Kieler Nachrichten*, 27 mayo 1975. Aunque se reconoce que «hasta llegar a eso es largo el trecho que queda por recorrer».

mensiones verdaderamente eficaces (vid. p. 318). Y lo que es de mayor importancia: con gastos que nada tienen de fantásticos.

Opción estratégica nuclear de Francia que tiene su razón. Es la dialéctica del arma nuclear: *i)* Significado del arma nuclear. A juicio de Beaufre, reside en lo siguiente: *a)* Dimensión *estratégica* del armamento nuclear. *El arma nuclear no está hecha para hacer la guerra, sino para impedirla*: cuanto más terrible es, más imposible resulta su empleo, so pena de destrucciones *recíprocas absolutamente inaceptables*, y, por ende, mayor es su valor disuasivo. *β)* Dimensión *política*, igualmente considerable: ningún arreglo *mundial* de orden nuclear es concebible sin una Potencia nuclear. Aún más: «es de pensar que una cierta multipolaridad nuclear podría ayudar a desarrollar una política más específicamente conforme a los intereses europeos» (vid. p. 343). *ii)* Relatividad del arma nuclear. El arma nuclear no es más que *un medio* al servicio de la política y de la seguridad (cf. p. 343). Ahora bien; en el contexto de las grandes corrientes *psicológicas* de nuestra época —«singulamente violentas y peligrosas»—, resulta beneficioso disponer del «*potente estabilizador* que constituye el arma nuclear» (cons. p. 344).

b) En segundo lugar, las Fuerzas clásicas. Tema que puede configurarse así: *i)* Punto de arranque de la cuestión. Contemos conque la era atómica va en favor —probabilidad— de la disuasión —por supuesto, en el caso de beneficiarse de una Fuerza de disuasión—, o de la guerra clásica. Explicación al respecto: *a)* Carácter *endémico* del fenómeno bélico. El arma nuclear no ha impedido que la guerra haya sido endémica desde 1945. Es más: debido a la limitación de la intensidad que la existencia del arma nuclear impone a los conflictos, tal existencia favorece ese carácter endémico de la guerra (cf. p. 335). Con esto, tenemos que, a pesar de la posesión de las armas atómicas por los Estados, «*la guerra clásica sigue siendo posible*, a condición de no poner en la balanza *resultados políticos muy importantes*» (cons. p. 62). *β)* La necesidad de Fuerzas clásicas. Pues bien: en esa tesitura, la posesión de armas nucleares sin posesión de Fuerzas clásicas coloca al defensor ante el «catastrófico dilema» de «todo o nada»: desencadenar el drama nuclear o capitular. De ahí que, teniendo en cuenta la circunstancia de que *el arma nuclear no es todo*, ha de contarse con unas Fuerzas militares clásicas: necesidad *absoluta*, para Beaufre (vid. p. 336). *ii)* Y, en la trabazón de las Fuerzas clásicas, lo primero a tener presente son las llamadas Fuerzas clásicas de maniobra-intervención (terrestres, marítimas y aéreas), instruidas y dotadas de todos los medios —equipo potente y moderno: unidades de alta técnica (carros, radares, defensa contra aviones, etc.)—, siempre preparadas (cons. pp. 335, 330 y 363). Y, por lo demás, ante un equipo caro: Fuerzas que son forzosamente *muy limitadas* en volumen (cf. p. 336). *iii)* La llamada Fuerza de defensa territorial. Facetas: *a)* Valor de ella: *complemento* de las otras Fuerzas. Así: «*crisol para una fórmula de defensa verdaderamente nacional*» (p. 330) y pudiendo desempeñar «un papel capital» en combinación con las Fuerzas de especialización de profesionales. *β)* Organización. El autor querría ver organizada esta Fuerza como verdadera milicia de tipo suizo o sueco, y con una duración de servicio muy corta: servicio *corto* e *intenso*, pero con unidades *coherentes* y *vivas*, gracias a los llamamientos periódicos —anuales— para maniobras de entrenamiento (vid. p. 326) en unidades de carácter regional (vid. p. 330).

RECENSIONES

Con todo ello, se plantea la cuestión del servicio militar, con el debate *Ejército profesional* o *Ejército de servicio militar obligatorio*. Con una solución: la *técnica*, recomendando un Ejército profesional. Pero solución *utópica* en un período de «crecimiento económico» y de espantapájaros «pretoriano» de la izquierda tradicional. Y, en suma, el general Beaufre argumenta así: en las presentes condiciones, la supresión del servicio militar obligatorio es una *utopía técnica*, como lo muestran las dificultades de reclutamiento conocidas ya por el Ejército británico, para los soldados, y la *Bundeswehr*, para los suboficiales⁵, independientemente de todas las razones éticas y estratégicas que militan en favor de la idea de *un país capaz de defenderse a sí mismo con las armas en la mano* (cons. pp. 334-335).

Por consiguiente, de hecho, ha de mantenerse un sistema de servicio militar obligatorio (*vid.* p. 318). En todo caso, el servicio militar tiene—a los ojos de Beaufre—una *función vital: sin la participación en la defensa, «no hay nación digna de vivir»* (p. 338). La cuestión es saber *qué* servicio militar. Y aquí el general Beaufre hace distinciones: *aménagements* en el sistema de servicio militar obligatorio, que son *posibles* y *deseables*, e, incluso, *profundas reformas*, también posibles y deseables (cons. p. 335). En resumen, en esta materia, el autor exige—ante la «mala reputación» que la rutina produce en una juventud en evolución demasiado rápida por el desarrollo de la escolarización—*«fórmulas nuevas, difíciles de promover»* (*vid.* p. 318).

* * *

La obra reseñada se cierra—en Apéndice—con el enfoque del tema *Francia y su Ejército* (pp. 345-378). Se trata del asunto del *Ejército y crisis 1968-1973*. Capítulo que, por distintas razones—muy actuales, y no sólo, desde luego, para la nación francesa—, creemos que es de verdadero interés.

Podríamos señalar que, en este extremo, Beaufre se mueve a través de dos trascendentales coordenadas:

a) La circunstancia de que *«la Patria no es una entidad abstracta y anticuada, sino que es el patrimonio común de todos los franceses, que cada uno tiene el deber de preservar y de defender»*. Pues bien: el general Beaufre reacciona ante el hecho de ver hoy «despilfarrar y arruinar sistemáticamente» ese patrimonio «con un frenesí culpable» (p. 350).

b) La circunstancia de que, en las horas difíciles, el Ejército es «espina dorsal del país» (p. 338).

Entramado Patria-Ejército que lleva al general Beaufre a la consideración de tres elementos:

a) La cuestión patriotismo-nacionalismo. Beaufre sale al paso de la confusión entre patriotismo y nacionalismo: *i)* patriotismo: sentido de estrecha solidaridad con los habitantes del mismo país, virtud esencial que impone al individuo la noción de que no está solo, que es responsable de la herencia común y que debe tomar parte tanto en su gestión como en su defensa; *ii)* nacionalismo: sentimiento que ve en *su* nación y en *sus* interese-

⁵ Posición que, hoy por hoy, ha de matizarse. En este sentido, *vid.* el artículo de Hans RADEMACHER: «Suficientes voluntarios para la Fuerza Armada», *Tribuna alemana*, Hamburgo, 17 abril 1975, p. 4.

RECENSIONES

ses el *fin último* de la política, voluntad de potencia que está superada a la hora de Europa y a la hora del arma atómica (cf. 355); *iii*) con una adición: «un mal francés no podría ser un buen europeo» (p. 355).

b) La dinámica contemporánea de la revolución. Enfocando el *mayo de 1968* y la *Revolución cultural*, el autor nos hace esta advertencia clave: la revolución no es un «conjunto de movimientos tumultuosos, entusiastas y espontáneos» —en la línea de Michelet—, sino —en la línea de Lenin, Hitler y Mao— «un conflicto de voluntades jugado en el interior de reglas muy precisas, que no son esencialmente diferentes de las de la estrategia». «Como en las luchas internacionales, es preciso quebrar la voluntad adversa y, para alcanzar ese fin, disponer de una gama de procedimientos directos o indirectos, violentos o insidiosos» (*vid.* p. 351), pero cuya utilización determina una estrategia revolucionaria o una estrategia contrarrevolucionaria. Mecanismos que analiza el autor.

c) El asunto de la función de la defensa —el «morir por la Patria»—, de carácter esencial en el mundo moderno, «siempre inestable e imprevisible» (p. 356). Y, para ayudar a una mejor configuración del tema, hay buenos instrumentos de trabajo: *i*) El gran ejemplo y la gran lección del Armisticio de 1918: estimación de la primera guerra mundial como «gigantesco principio de autodestrucción de nuestra civilización dividida contra sí misma, que la segunda guerra mundial iba a acabar» (p. 360). *ii*) El Ejército y la juventud: ante los condicionantes sociales de nuestro tiempo, necesidad de un servicio militar *más denso* y *notablemente más corto*. Por ejemplo, son precisos tres meses para formar un combatiente individual y otros meses para realizar la cohesión de una unidad combatiente (p. 362). *iii*) El lugar del Ejército en la nación: deseo de que el Ejército reencuentre el papel y el lugar que tuvo, y que son los suyos, con la mirada puesta en «los intereses superiores y últimos del país». *iv*) El «malestar del Ejército»: es el del país, «aturdido por la prosperidad, desorientado por las propagandas, obnubilado por un presente fácil aunque cargado de sombras, y voluntariamente olvidado de las recientes lecciones de la Historia», etc. (*vid.* p. 369). *v*) La faceta de «seguridad y realismo», que se aconseja leer a los utopistas, y con aclaraciones como existencia de *armas de derechas* y *armas de izquierdas* (cons. pp. 370-373). *vi*) El perfil de «el Ejército y el país», enfocado desde la perspectiva de que, «*si es verdad que el mundo evoluciona, todo no cambia*». «*Hay constantes que permanecen*» (*vid.* p. 374).

* * *

Concluamos, pero vayamos por partes.

1) Primeramente, y en resumidas cuentas, digamos que estamos ante una obra actual, sugerente y, en no pocas ocasiones, aleccionadora. Eso se ve en trazos tan llamativos como cuando André Beaufre reacciona —en verdad, muy a lo galo— contra la vaciedad mental contemporánea. Por ejemplo, cuando, partiendo del aserto de que «*gobernar es prever*», nos advierte que «el mundo moderno exige organizar seriamente la previsión política». «Es una *revolución intelectual* la que se impone absolutamente» (cf. p. 240).

Ahora bien; frente a esa *condición*, el mismo autor reconoce —segunda parte de la cuestión: el *obstáculo* tremendo— que, «indiscutiblemente, el mundo moderno sufre del *atraso del pensamiento respecto a la fulminante*

RECENSIONES

evolución de la ciencia y de las técnicas» (vid. p. 209). Panorama que se agrava si tenemos en cuenta uno de los males de la estimativa de nuestro tiempo, denunciado por el general Beaufre. Este: «Quizás vivimos una época excepcional donde todo sofisma y toda contraverdad no pueden dejar de tener un amplio éxito.»

Trágico marco en el que hemos de insertar esta otra singularidad de la fase histórica presente: «la evolución de las ideas, conducida por los malos pastores, arrastra a una juventud en realidad sedienta de idealismo (cf. página 348). Con todas las consecuencias para el gobernante de nuestra época. Y lo cierto es que, en la filosofía del general Beaufre (vid. p. 152), no con mucho optimismo, como lo evidencian estos conceptos suyos: «En Política —quiero decir en estrategia total—, la libertad de acción es pequeña y las opciones son poco numerosas. Casi todo es impuesto por la necesidad. Únicamente los hombres muy grandes saben evadirse de ello» ... à leurs propres risques.

2) En segundo lugar, y en fin, digamos que el volumen reseñado es un libro muy en la línea de la existencia de André Beaufre. De ella, en un apretado balance, cabría destacar:

a) Su «independencia intelectual», resaltada por Jean Planchais⁶ (una independencia intelectual que le ha «hecho pocos amigos»).

b) Su carácter de «intelectual militar», también advertido por el citado Planchais. Con lo que sus compañeros lo consideraban «como un intelectual», mientras los «hombres políticos y los intelectuales» lo consideraban «como un militar».

Ahora bien; los estudios estratégicos que emprendió, con «su preocupación habitual de rigor lógico», «mostraron la falsedad de esas imágenes». Ciertamente, el general Beaufre ha dado a los estudios estratégicos el impulso y el realce de que carecían en Francia. Extremo que cabe desglosar en dos grandes planos: i) El hecho de ser —como hemos leído en *Le Monde*— «uno de los raros pensadores militares franceses que se han esforzado por forjar una doctrina». Con el concomitante hecho de ser un «experto mundialmente conocido». Así, su *Introduction à la stratégie* (1963) era —según el famoso especialista británico Liddel Hart— «el tratado de estrategia más completo, más cuidadosamente formulado y puesto al día que se ha publicado en el curso de la presente generación». ii) El hecho de no ser sólo pensador, sino un pensador que se ha esforzado «también por favorecer la investigación en un terreno ... demasiado descuidado» (Jean Planchais). Ahí está su labor como director del *Institut français d'études stratégiques* y de la revista *Stratégie*. (Y ello en el cuadro del *Centre d'études de politique étrangère*; perfil significativo, para el que tenga abiertos los ojos a las exigencias de nuestro tiempo.)

En suma, con Raymond Aron y el general Gallois, André Beaufre «ha hecho entrar el pensamiento militar francés en la era nuclear»⁷. Y hay más: en esta clase de materias —Política-estrategia total—, Raymond Aron y él han sido los estudiosos franceses más reproducidos.

LEANDRO RUBIO GARCIA

⁶ Vid. Jean PLANCHAIS: «Un intellectuel militaire», *Le Monde*, 14 febrero 1975, p. 12.

⁷ Aunque las concepciones de estos autores difieran de las del general Beaufre.

RECENSIONES

MATEO MADRILEJOS: *Colonialismo y neocolonialismo* (Personalidad entrevistada: Léopold Sédar Senghor). Biblioteca Salvat de Grandes Temes, Salvat Editores, S. A. Barcelona, 1975, 143 pp.

He aquí un tema, nos atreveríamos a subrayar, que cada vez, dentro del marco de las relaciones internacionales, parece alcanzar y mantener una mayor y rabiosa actualidad. No es de extrañar, por consiguiente, que la bibliografía en torno del mismo crezca en proporciones realmente alarmantes y, además, sea ensayado desde las más infinitas y contradictorias tendencias e ideologías. No es de extrañar, por lo tanto, que para el doctor Mateo Madrilejos—autor del texto literario de la obra que ocupa nuestra atención—, el colonialismo practicado por las naciones europeas haya sido una de las características principales de la historia de la humanidad, desde el siglo xvi hasta las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo xx, en las cuales esa etapa fue superada, no sin violencia. Por otra parte, el paso de la acción colonizadora ha dejado tras de sí gravísimos problemas en los países recién liberados.

No tiene nada de extraño, lógicamente, que—y se trata de la opinión de uno de los líderes africanos más importantes y máximo especialista en este tema (Léopold Sédar Senghor)—acerca del colonialismo se haya emitido juicios muy contradictorios. Se le ha considerado como un mal absoluto y también como un fenómeno inevitable y constructivo para la evolución de los pueblos colonizados. ¿Cuál es su opinión sobre la dominación ejercida por los países europeos en las sociedades colonizadas?

Ante todo, es necesario definir el concepto «colonialismo» como proceso de ocupación de un país por extranjeros, los cuales están decididos a hacer de él su propio país, o bien a mantener simplemente su dominación indefinidamente. Como es sabido, en tiempos pasados existió un colonialismo cartaginés, un colonialismo griego, un colonialismo romano... En consecuencia, podemos concluir que *la colonización es un fenómeno con carácter universal*.

¿Pero qué es el colonialismo...? El colonialismo es, pues, la explotación de los pueblos sometidos por parte de los conquistadores. En cierto sentido, puede decirse que el colonialismo ha existido siempre. Recordemos, por ejemplo, el colonialismo ejercido por Roma en las Galias. Sin embargo, también cabe considerar que el colonialismo, es decir, la explotación sistemática de un pueblo conquistado por otro, no es una etapa histórica necesaria. El problema se presenta como muy complejo. Karl Marx, por ejemplo, pensó en el colonialismo como un desarrollo lineal: como una etapa más de las varias que han de recorrerse para alcanzar el objetivo de una sociedad moderna. Para él, era a la vez natural y necesario que la India pasara por el proceso colonizador británico.

En todo caso, como en todas las cosas, *la colonización tiene su faceta positiva y su faceta negativa. Por una parte, es evidente que ha favorecido el desarrollo de un proceso natural de totalización del mundo*. En ese sentido, gracias a la colonización se ha ido creando, siglo tras siglo, la civilización entendida como universal. Sin embargo, por otra parte, la explotación que implica el hecho colonial hace de él un fenómeno nefasto.

En realidad, en cualquier época—insiste el autor citado—, la colonización ha comportado aspectos muy negativos. Basta con analizar, por ejemplo, la

RECENSIONES

historia de Africa, y, dentro de Africa, más concretamente, la de los pueblos africanos negros. Después del Renacimiento, hasta mediados del siglo xix, los árabes y europeos organizaron el comercio humano llamado «trata de negros». Unos 20 millones de negros fueron deportados a las tierras americanas. Como afirma Roger Garaudy, por cada negro deportado, diez fueron muertos. El calcula que ese genocidio provocó cien millones de muertos. Yo creo—nos asegura Léopold Sédar Senghor—que fueron doscientos millones. Se trata del genocidio más brutal de la Historia. El mal causado al Africa negra es el más terrible que jamás se haya causado a una etnia.

Y sin embargo, insisto en el hecho de que la colonización ha comportado algo de positivo en el sentido de que a los pueblos africanos nos ha permitido entrar en el mundo moderno. El proceso colonizador nos ha aportado aspectos culturales que, a pesar de ser extranjeros, cabe considerar como fecundos. Yo mismo he pronunciado conferencias en las que he tratado de demostrar cuáles fueron los beneficios que nos reportó a los senegaleses la colonización francesa.

Existe una pregunta clave en estas páginas—interrogante que le es formulado a Léopold Sédar Senghor—que, en su profundidad, explica no pocas y trascendentes cosas, a saber: ¿Cuáles han sido los factores más importantes a través de los cuales los pueblos colonizados han tomado conciencia de su identidad nacional...? He aquí la respuesta exacta: «Existen numerosos factores. Quizá, en primer lugar, las dos Grandes Guerras, en las que los blancos en general y los blancos indoeuropeos en particular se destruyeron. La congénita atrocidad de la guerra, los medios de propaganda utilizados, son fenómenos que contribuyeron al despertar de las conciencias de los pueblos dominados. Nosotros pudimos comprobar que los euroamericanos no eran inmortales, que tenían sus debilidades, que no eran dioses, puesto que recíprocamente resaltaban sus defectos como parte de la propaganda belicista.

Yo creo que ese fue el primer factor importante. En segundo lugar: los propios vicios de la explotación colonialista, es decir, la explotación económica, la destrucción de las civilizaciones autóctonas, *el desprecio hacia lo indígena, y desde luego el hecho de que los colonizadores no practicaban las virtudes que enseñaban y predicaban. Y ello ni desde el punto de vista moral ni desde el punto de vista intelectual. Los euroamericanos dejaron, pues, de aparecer como seres infalibles. Fue así como llegamos a tomar conciencia de la necesidad absoluta de recuperar nuestra identidad original, nuestra civilización original, y con ello la recuperación de nuestra dignidad.*»

El tema al que nos venimos refiriendo entraña, circunstancia harto innegable, una gravísima problemática. Y esa problemática, en determinados momentos, suscitó la atención de alguna que otra personalidad europea de singular relieve, como, por ejemplo, la del inquieto, y siempre en posición inequívocamente predatoria para otorgar libertad plena a su innata agresividad, Jean-Paul Sartre. El Premio Nobel francés ha escrito páginas de crueldad socio-política increíbles. He aquí, a nuestro parecer, una de las más expresivas de cuanto indicamos—afirmaciones contenidas en las páginas de uno de sus libros que, en su época, fueron objeto de lectura más dramáticamente apasionada—: «En primer lugar hay que afrontar este espec-

RECENSIONES

táculo inesperado—subrayaba el maestro francés en 1965 en su obra *Colonialismo y Neocolonialismo*—: el *strip tease* de nuestro humanismo. Helo aquí al desnudo, nada lindo: era una ideología mentirosa, la exquisita justificación del saqueo; sus ternuras y su afectación avalaban nuestras agresiones. Los no-violentos tienen buena cara: ¡ni víctimas ni verdugos! ¡Vamos! Si no sois víctimas, cuando el Gobierno que habéis elegido, cuando el Ejército en que vuestros hermanos menores han servido, sin vacilación ni remordimiento, han emprendido un «genocidio», indudablemente sois verdugos. Y si elegís el ser víctimas, el riesgo de pasar un día o dos en la cárcel, elegís sencillamente el salir a tiempo de un mal negocio. Pero no os saldréis: tenéis que quedaros hasta el final. Comprended esto al fin: si la violencia hubiera comenzado esta noche, ni la explotación ni la opresión hubiesen existido en la tierra, quizás la no violencia ostentada podría aplacar la querrela. Pero si el régimen entero y hasta vuestros pensamientos no violentos están condicionados por una opresión milenaria, vuestra pasividad sólo sirve para colocaros del lado de los opresores.

Sabéis muy bien que somos explotadores. Sabéis bien que hemos tomado el oro y los metales y luego el petróleo de los «continentes nuevos» y nos los hemos traído a las metrópolis viejas. No sin excelentes resultados: palacios, catedrales, capitales industriales; y luego, cuando la crisis amenazaba, los mercados coloniales estaban allí para amortiguarla o desviarla. Europa, harta de riquezas, otorgó *de jure* la humanidad a todos sus habitantes; entre nosotros, un hombre quiere decir un cómplice, puesto que *todos* nos hemos beneficiado de la explotación colonial. Este continente gorgo y pálido terminó cayendo en lo que Fanon llama con justeza el «narcisismo».

Pero, evidentemente, centrándonos de nuevo en el tema, parece aconsejable el afirmar que ni el colonialismo ni el neocolonialismo son, salvo muy cualificadas excepciones, el fruto directo de un capricho, sino, por el contrario, de una auténtica necesidad. De una necesidad, eso sí, que, en su momento, no supieron planificar adecuadamente los responsables directos de la consiguiente decisión: «La Europa industrializada, nos indica Mateo Madrilejos, imposibilitada de evitar la competencia entre sus diversos Estados, se vio impulsada a la expansión porque necesitaba productos alimentarios, materias primas y nuevas fuentes de energía, pero también nuevos mercados para su industria, con el fin de evitar la recesión económica y el paro laboral. En último extremo, la expansión colonial tuvo benéficos efectos políticos en las metrópolis, pues atenuó considerablemente las tensiones internas y permitió crear una relativa unanimidad patriótica en torno a la perpetuación del dominio sobre otros pueblos. Después de todo, el sometimiento de la India, por ejemplo, aseguraba el funcionamiento a pleno rendimiento de los telares de las fábricas de los Midlands. Las mejoras producidas en las condiciones de vida de los trabajadores europeos, al disminuir la plusvalía de los capitales, incitaban a invertir en las colonias, donde el trabajo estaba mucho peor remunerado. «Allí donde están los intereses debe estar la dominación», decía Charles W. Dilke (1843-1911), uno de los principales teóricos del colonialismo británico.

Para Jules F. C. Ferry y Joseph Chamberlain las colonias llamadas tropicales fueron mercados esenciales para los excedentes de la industria europea; sin ellos, Europa hubiera tenido que enfrentarse con el fantasma de

RECENSIONES

la revolución social. Los colonialistas franceses y británicos arguyeron que las colonias, al proporcionar materias primas y alimentos baratos, impedían los beneficios exorbitantes de los monopolios. En suma, consideraban que aquéllas no sólo eran una solución para superar las rivalidades entre las grandes potencias, sino también para resolver la mayor parte de los problemas sociales y económicos de una Europa industrializada y proteccionista.

Junto a la crítica realizada por el marxismo, que consideraba la competencia colonial como el último paso necesario para la revolución socialista y el hundimiento del sistema capitalista, la escuela económica británica, dirigida por John A. Hobson (1858-1940), pretendió demostrar que las colonias tropicales no eran rentables para la metrópoli. Pero el curioso análisis de Hobson erró respecto a la rentabilidad de las colonias y los gastos de la metrópoli, pues consideraba que siempre existe un desequilibrio en perjuicio de ésta, lo cual no es exacto, aunque sostuvo con acierto que el capital excedentario se debía únicamente a que los sistemas sociales y económicos europeos negaban a las masas una capacidad de consumo suficiente para estimular una mayor inversión en la industria nacional.

De todas formas subraya el autor, la defensa del sistema colonial adoptó formas muy sutiles. Una de ellas, quizá la más extendida, y todavía utilizada dialécticamente en el período culminante de la descolonización, tras la II Guerra Mundial, argüía que los pueblos coloniales debían estar sometidos a una tutela que les capacitara para autogobernarse. El sistema de mandatos, consagrado por la Sociedad de Naciones (organización internacional fundada el 10 de enero de 1920), o el régimen de tutela, implantado por las Naciones Unidas (fundada el 26 de junio de 1945), fueron sus dos principales manifestaciones. Los políticos liberales hicieron suya una tesis del filósofo y economista británico John Stuart Mill (1806-1873), según la cual era necesario un período de transición o de dominación colonial para pasar a un estadio de civilización superior. El colonialismo fue considerado como un fenómeno social y biológicamente inevitable, a causa del cual los grupos técnicamente más avanzados y psicológicamente más dinámicos influyeron sobre aquellos otros que permanecieron inmovilizados en el curso de la historia.

En Gran Bretaña, la filosofía imperialista fue llevada a la práctica por los políticos *tories* (conservadores), dirigidos por Disraeli, a los que se unieron los «liberales-imperialistas». Numerosos intelectuales se sintieron fascinados por las doctrinas más o menos racistas acerca de la superioridad anglosajona y las exigencias darwinianas de la lucha entre las naciones. Joseph Chamberlain, que imprimió al colonialismo un tinte nacionalista con el propósito de atraerse a las masas populares (jingoísmo), llegó a proclamar: «Somos una raza de gobernantes, predestinada por nuestras cualidades, así como por nuestras virtudes, a extendernos por el mundo.» En 1895, con el Gabinete unionista del marqués de Salisbury (1830-1903), en el que Chamberlain ocupó el Colonial Office (Ministerio de Colonias), la «conciencia colonial» alcanzó su apogeo.

En Francia, la política colonial no alcanzó nunca el consenso nacional que tuvo en Gran Bretaña. El «partido colonial» representaba intereses muy diversos, que abarcaban desde los medios económicos y el Ejército hasta el funcionario colonial y las profesiones liberales. En un principio, la derecha y la extrema derecha se opusieron a J. F. C. Ferry, ya que éste era el típico

RECENSIONES

representante de la nueva República laica, y le acusaban de «olvidar» la derrota de 1870 a manos de Alemania, lo cual podría conducir a una nueva catástrofe. Cuando la derecha acabó por impulsar el hecho colonial, la oposición fue dirigida por Georges Clémenceau (1841-1929) y el partido radical. Posteriormente, en vísperas de la I Guerra Mundial (1914-1918), Jean Jaurés (1859-1914) y el partido socialista se negaron a votar los créditos coloniales, aunque no exigieron la evacuación de las colonias: no deseaban tanto destruir el colonialismo como humanizar sus métodos.

En Alemania, las ideas coloniales se apoyaron en la *Nachbarschaftsmision* (misión de vecindad), fomentada por los medios misioneros católicos y protestantes, que consideraban la exploración y colonización como un medio para abrir el camino a la propagación del Evangelio. Sin embargo, la política colonial de Bismarck fue impulsada por motivos comerciales, como lo prueba la creación de la *Deutsche Kolonialverein* (Unión Colonial Alemana, 1882) y la respuesta del Senado de Hamburgo a la petición del canciller sobre la mejor manera de proteger a los comerciantes alemanes en las costas de Africa. Aunque, en principio, no tuvo el carácter popular que alcanzó en Gran Bretaña, el colonialismo llegó a las masas alemanas a través del pangermanismo y, a la postre, desembocó en el nazismo, según se puso de manifiesto con la imposición de un protectorado sobre Bohemia y Moravia (1939), el reparto de Polonia (1940), etc.

Por otra parte, a los juristas alemanes se debe la teoría de los «territorios sin dueño» (*Herrenlose Gebiete*), en los cuales el imperio tiene un derecho de ocupación, justificado por el trabajo previo de exploradores y comerciantes. También utilizaron los términos *Schutzgebiet* (territorio protegido) y *Schutzgewalt* (poder de protección), por oposición al territorio y Estados federados a la metrópoli. Sin embargo, en la práctica, el colonialismo alemán no mantuvo diferencias apreciables entre los «protectorados» y las «colonias» en sentido estricto.

Mientras ocurría cuanto antecede, los Estados Unidos, pueblo siempre esencialmente práctico (pese a quien pese), había encontrado en el libre cambio el sistema idóneo para el desarrollo de su creciente poderío económico, vigilaba la expansión colonial y el proteccionismo europeos. La «doctrina Monroe», formulada para oponerse a cualquier «reconquista» de la América hispana por la Europa de la Restauración, fue adaptada a las nuevas circunstancias. Por el *Corolario Olney* (1895), el Gobierno de Washington declaró que ningún país europeo podría intervenir en el continente americano sin consultar con él.

Tras la guerra con España, el *Corolario Roosevelt* (1904) subrayó el interés de los Estados Unidos por fijar unilateralmente las bases del orden internacional del continente americano; mediante la política del *big stick* (gran garrote), ese país se arrogó el derecho de emplear la fuerza contra los países latinoamericanos que no sanearan sus finanzas. El imperialismo estadounidense se manifestó con rotundidad a partir de la I Conferencia Panamericana (1889) y con la dominación sobre Puerto Rico, Cuba y Filipinas. Para afianzar el control sobre el canal interoceánico, el Gobierno estadounidense patrocinó la creación de la República de Panamá (1903) en territorio colombiano; Cuba, Haití y Santo Domingo se transformaron en verdaderos protectorados (1915 a 1924), y Honduras sufrió diversas inter-

RECENSIONES

venciones. El éxito de la Revolución mexicana provocó, incluso, la intervención del pacifista presidente Thomas Woodrow Wilson (1856-1924). Tanto la diplomacia del dólar como las intervenciones de los *marines*, en el marco jurídico del panamericanismo, reforzaron las bases del orden neocolonial en el continente bajo el impulso de los presidentes William McKinley (1843-1901) y Theodore Roosevelt (1858-1919).

A partir de la década de los años treinta se inician los grandes periodos de descolonización. Esos procesos, en la generalidad de los casos, llevaron aparejados no pocos problemas y enfrentamientos bélicos de todas clases. Es evidente, por razones de economía de espacio, no nos es posible entrar en el análisis detallado de ciertos aspectos que, a modo de aureola socio-política y socio-económica, rodearon a la generalidad de los acontecimientos descolonizadores. Recordemos en todo caso, puesto que es la tesis más conocida por el hombre medio, que, efectivamente, en el Africa Negra —así lo reconoce igualmente el autor del libro que comentamos—, la evolución hacia la descolonización fue muy lenta y, además, radicalmente distinta de lo que, por ejemplo, sucedía en esa misma época en Indochina o en la parte del norte de Africa. Por una parte, los intelectuales, divididos entre los que aceptaban la realidad colonial, como Blaise Diagne (1872-1934), durante muchos años diputado por Senegal en la Asamblea Nacional francesa, y los que la condenaban, como Galandou Diuf; por otra, las masas africanas, generalmente ajenas a las polémicas sostenidas entre los intelectuales, se congregaron en torno a las «Iglesias negras» de inspiración cristiana o musulmana, cuyos cantos litúrgicos, en opinión de Georges Balandier, se configuraron como una de las primeras «literaturas de resistencia». En general, las organizaciones políticas o sindicales surgidas en el Africa francesa fueron sucursales de los partidos o sindicatos de la metrópoli...

En definitiva, se nos indica en este libro, las diferencias de sistema colonial se han establecido teniendo en cuenta los principios y realidades actuantes durante el periodo de entre guerras. La dominación política y la explotación económica, en tanto que rasgos esenciales de la política colonialista, han de ser matizadas en cuestiones secundarias por las actitudes de las potencias europeas. Sólo con estas limitaciones cabe hablar de las diferencias entre el sistema colonial británico y el practicado por los países continentales de Europa.

Francia, Portugal, Bélgica e Italia mantuvieron oficialmente la doctrina llamada de la «asimilación», en virtud de la cual los indígenas estaban llamados a convertirse en ciudadanos de pleno derecho, en igualdad con los de la metrópoli. En último extremo, las colonias evolucionarían hasta transformarse en departamentos o provincias. Por ejemplo, el Africa francesa recibió el pomposo nombre de «Francia de Ultramar». Esta tendencia culminó teóricamente en la Constitución portuguesa de 1933, y en la posterior creación, por el Gobierno de Lisboa, de las llamadas «provincias de ultramar», como parte integrante del Estado lusitano. Gran Bretaña, por el contrario, mantuvo el principio de que las colonias debían evolucionar hacia el autogobierno, sin que fuera posible que los africanos o asiáticos se transformaran en británicos por obra y gracia del colonialismo.

Consecuentemente, se afirma en estas páginas, se ha ensalzado con frecuencia el empirismo descentralizador británico frente a la política asimi-

RECENSIONES

ladora y centralizadora de Francia y Portugal, aunque la polémica sigue abierta como consecuencia de los resultados del proceso descolonizador. La catástrofe no sólo se produjo en Argelia, sino también en Kenia, Rhodesia y Nigeria (guerra de secesión de Biafra en 1967-1969). En el Africa Negra, los franceses, con su política de asimilación territorial, no tuvieron que hacer frente al problema de los derechos políticos de los colonos blancos. El régimen racista impuesto por la minoría blanca de Rhodesia constituye un testimonio actual de la tradicional política racista del Colonial Office.

Existió un momento, como es bien sabido, en el que la generalidad de los países sometidos al régimen colonialista fueron traicionados fraudulentamente. Es obvio, y no es preciso dar mayores explicaciones, que nos estamos refiriendo a lo sucedido en la II Guerra Mundial. En efecto, la II Guerra Mundial promovió la movilización de centenares de miles de colonizados, los cuales combatieron junto a las tropas aliadas por un ideal de libertad y justicia frente a las tiranías nazi y fascista. Al mismo tiempo, las élites nacionalistas vieron fortalecidas su capacidad de maniobra y consiguieron nuevos apoyos entre las masas, crecientemente urbanizadas como consecuencia del sistema económico impuesto por el colonialismo.

Las relaciones económicas con las metrópolis fueron perturbadas, lo que ofreció una nueva posibilidad de ruptura del pacto colonial. Por primera vez, los dirigentes de los pueblos colonizados tuvieron la comfortable sensación de no estar solos, sino respaldados por la solidaridad de un mundo nuevo, el futuro «Tercer Mundo», e incluso por algunas fuerzas políticas y sociales de los países dominadores...

Puede decirse, y es de justicia el hacerlo—a pesar de que existan todavía algún que otro caso por resolver—, que el principio de la *autodeterminación*, infinidad de veces propugnado por la Organización de las Naciones Unidas, ha triunfado plenamente. La verdad es que, en el fondo, no era posible pensar en otra solución para tan grave problema como lo es el sometimiento de un pueblo por otro. En efecto, se nos indica en las páginas finales de la obra, «la filosofía anticolonialista de las Naciones Unidas, en la que coincidieron los dos bloques ideológicos antagónicos, considera que la soberanía y la independencia constituyen la culminación de la existencia internacional de un pueblo, es decir, que el progreso político de los pueblos es incompatible con la dependencia impuesta por un país extranjero.»

El derecho a la autodeterminación tiene dos significaciones: a nivel interno, la libertad de escoger el régimen político, sin injerencias exteriores; a nivel internacional, el mantenimiento de la independencia, si se trata de un Estado soberano, o su adquisición por parte... de aquellos pueblos que reúnen todas las características de una existencia nacional.

En definitiva, como es harto notorio, la aplicación del *derecho a la autodeterminación* ha estado íntimamente relacionada con los trabajos de las Naciones Unidas sobre la protección internacional de los «derechos del hombre», según fueron reconocidos en la Declaración Universal adoptada por la Asamblea General el 10 de diciembre de 1948. Una resolución de esa asamblea (1950), concerniente al proyecto de pacto internacional relativo a aquellos «derechos», solicitaba del Consejo Económico y Social que invitara a la Comisión de los Derechos del Hombre (órgano subsidiario del Consejo)

RECENSIONES

«para que estudiara las vías y los medios de garantizar a los pueblos y las naciones el derecho a disponer de sí mismos». La resolución del 5 de febrero de 1952 hizo incluir en el Pacto internacional de los Derechos del Hombre el siguiente artículo: «Todos los pueblos tienen el derecho a disponer de sí mismos», después de corroborar que ése «es un derecho fundamental del hombre».

Las consecuencias de estos principios, consagrados en la Carta y en las resoluciones de las Naciones Unidas, han sido innumerables y trascendentales. El areópago de Manhattan se convirtió en una caja de resonancia para las quejas y aspiraciones de los pueblos que habían estado o se hallaban aún bajo el yugo colonial. Una resolución adoptada por la Asamblea General en diciembre de 1954 afirmó el principio de la soberanía permanente de los pueblos sobre sus riquezas y recursos naturales...

Pero, ciertamente, la picaresca—que entraña también una dimensión cósmica—dio en disimular la situación colonialista mediante increíbles argucias políticas, sociales y económicas. Por lo pronto, como en cierta ocasión comentamos en esta mismas páginas—glosa crítica al libro de Z. Romanoca *El laboratorio USA del neocolonialismo*—, el bloque soviético no ha dudado ni un solo segundo en culpar de esta nueva situación a los Estados Unidos de América. ¿Qué hay de verdad en todo esto...? El neocolonialismo es un término, dice Mateo Madrilejos, acuñado para explicar el tipo de relaciones económicas instauradas entre los antiguos países colonizados y las grandes potencias industriales, especialmente los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Todos los países del Tercer Mundo alcanzaron la independencia en los últimos treinta años, que fue consagrada con su ingreso en las Naciones Unidas como miembros de pleno derecho. Sin embargo, un análisis minucioso de la situación internacional permite concluir que están muy lejos de haber logrado la plena soberanía económica. A pesar de las reiteradas crisis del dólar y del hundimiento definitivo de la libra esterlina como moneda de reserva, el sistema económico internacional fundado en Bretton Woods (1914) se caracteriza esencialmente por las *relaciones desiguales*, en perjuicio de las naciones en vías de desarrollo.

Algunos especialistas, siguiendo la sugerencia de Tibor Mende, definen las actuales relaciones entre los países industrializados y los países pobres como una vasta empresa de *recolonización*, de un colonialismo que, después de haber muerto, resucita para perpetuarse con formas más discretas, pero igualmente explotadoras y alienantes. El recuerdo de un pasado colonial todavía reciente explica los temores y complejos de los ex colonizados, su desesperación ante la lentitud, los condicionamientos y los errores a que se ven sometidos sus procesos de desarrollo. «A menos que se tengan en cuenta las lecciones del pasado—escribe Tibor Mende—, no habrá otra opción que tratar de humanizar un proceso de recolonización económica transformado en una realidad inevitable.» La experiencia de los últimos años le induce a una conclusión pesimista: la mejor actitud que podrían asumir las grandes potencias sería «que se abstuvieran de hacer daño.»

También es dolorosamente cierto, y así lo confiesa el autor de este libro, que, para otros autores occidentalistas, el neocolonialismo es un producto inevitable, pero necesariamente nefasto, pues ha surgido del lógico desequilibrio entre economías avanzadas y economías en vías de desarrollo; arguyen que las relaciones desiguales no desaparecerán hasta que los paí-

RECENSIONES

ses del Tercer Mundo alcancen la posición ya lograda por Japón. Los desarrollistas, que han tratado de fijar las condiciones universales del *take off* (despegue) y abordan el problema en términos estrictamente cuantitativos, como Walt W. Rostow, mantienen el criterio de que, en la práctica, el saldo de beneficios es favorable a los países que reciben la ayuda económica o las preferencias comerciales de las grandes potencias o de las uniones aduaneras que éstas tengan establecidas (Comunidad Económica Europea).

En cualquier caso, la dependencia económica entraña severas restricciones de la soberanía del país que recibe la ayuda:

a) Limitaciones en la autonomía de la política económica nacional. Los planes de desarrollo, por ejemplo, no sólo han de tener en cuenta los intereses del país en cuestión, sino también los de la potencia dominante.

b) Muy reducida o nula participación en las decisiones políticas del exterior, cuyo corolario es el fenómeno de la «satelización» declarada o encubierta.

Para no engañarnos, y con esta advertencia ponemos punto final a nuestro comentario, *resulta muy difícil detectar las diversas formas de actuación del neocolonialismo económico, con sus múltiples implicaciones políticas y diplomáticas*, aunque sí es posible hacer referencia a alguna que otra causa; por ejemplo, la notable influencia que las empresas multinacionales suscitan en el área económica, el control de las materias primas, los préstamos económicos y, sobre todo, la influencia de proximidad geográfica. De todas formas, hay un profundo misterio—todavía no desvelado (ni en las páginas de este bellissimo e interesante libro) en la expresión «neocolonialismo». *Las masas de los pueblos que integran el «Tercer Mundo», como ha dicho Jean-Paul Sartre (con acertada palabra y pensamiento en esta ocasión), no hacen la Historia; la sufren...*

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

RUTH KLÜGER y PEGGY MANN: *La última huida*, Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1975, 484 pp.

Durante el decenio comprendido entre 1938 y 1948 penetraron en Palestina cuatrocientos mil emigrantes, de los cuales casi la mitad eran ilegales. La «Eliahu Dobkin» fue la agencia judía oficial que se ocupaba del limitado número de permisos «legales» concedidos a los judíos europeos que tenían una desesperada necesidad de entrar en Palestina. Muchos de ellos eran supervivientes de las matanzas verificadas en la Europa ocupada por las tropas de Hitler, que habían conservado la vida refugiándose en países neutrales o que habían sido rescatados de los campos de exterminio (Buchenwald, Bergen-Belsen, Dachau, Auschwitz, etc.) antes de sucumbir a las espantosas condiciones que allí prevalecían. «De los 9.600.000 judíos que vivían

RECENSIONES

en la Europa dominada por los nazis, desaparecieron como mínimo 5.700.000. La mayoría fueron muertos en las cámaras de gas», escribe un conocido historiador¹. El exterminio fue, pues, casi completo.

No obstante, de esos cuatrocientos mil judíos que se trasladaron a Palestina, sólo unos pocos miles habían llegado a ella antes de 1939, concretamente antes del estallido de la II Guerra Mundial. Los que residían en Europa jamás creyeron que los países que habitaban podían ser ocupados por las tropas nazis. Incluso la mayoría de los judíos austriacos, a pesar de que todos los síntomas presagiaban el *Anchluss*, se negaron obstinadamente a adoptar la precaución de abandonar un país cuyo futuro se presentaba tan amenazador para ellos. Esa ciega confianza la pagaron a muy alto precio. En el momento de la anexión de Austria al Reich alemán, las medidas antisemitas fueron promulgadas inmediatamente: «los hogares y los comercios judíos fueron saqueados. Escuadrones de rufianes nazis reunieron a grupos de judíos para hacerles limpiar las calles de rodillas. Miles de personas huyeron a Suiza y Checoslovaquia antes de que se cerrase la frontera. Muchos judíos vieneses se suicidaron»².

En esta obra, Peggy Mann narra, de forma novelada harto amena, las peripecias de Ruth Klüger desde que, en junio de 1939, se traslada a Rumania—por encargo de la agencia clandestina «Aliyah Bet»—para cooperar a la evasión de los judíos europeos que se encontraban amenazados. El detallado relato de sus actividades permite establecer una serie de conclusiones del mayor valor, de las que vamos a referirnos solamente a tres: a) la penuria de medios financieros para llevar adelante esta misión; b) la forma ingeniosa con que tenían que salvar las innúmeras dificultades; c) la resistencia de los judíos a abandonar las distintas naciones europeas.

Hemos concretado estas tres conclusiones—que todo lector puede extraer de esta obra de absorbente interés—porque parecen estar en contradicción con mucho de lo que se ha divulgado respecto al verdadero carácter del judaísmo. Así, sorprende la penuria de medios financieros, a que aludíamos en primer término, porque se ha propagado hasta la saciedad la opulencia de las organizaciones judías. No nos referimos, por supuesto, a la prosperidad individual de innúmeros judíos de todos los países—lo que es innegable—, sino a la falta de medios económicos de que adolecían muchas organizaciones, como el «Mossad», destinados a una labor de incalculable importancia.

Es bien conocida la machacona insistencia con que Henry Ford, en *El judío internacional*—y nos referimos a esta obra por ser mundialmente conocida—presupone que ingentes sumas financieras son dedicadas por los dirigentes del judaísmo para el cumplimiento de sus planes. Es muy fácil sustentar tales hipótesis: si existen grandes financieros judíos, puede estimarse que pretenderán un dominio mundial a través de organizaciones adecuadas a las que suministran abundantes recursos económicos. Pero la realidad es muy distinta de esas elucubraciones teóricas, y la lectura de estas páginas apasionantes nos revela las angustias y gestiones que fueron necesarias para recaudar unas decenas de miles de libras para poder alquilar

(1) LOUIS L. SNYDER: *La guerra 1939-1945*, Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1967, página 546.

(2) LOUIS L. SNYDER, *op. cit.*, p. 67.

un viejo barco—el *Tiger Hill*, un vetusto cascarón de nuez—que evacuara setecientos emigrantes hacia Palestina. Resulta, ciertamente, asombroso que los judíos dominadores, según Ford y otros autores, de las finanzas y de todo género de empresas y sociedades no dispusieran ni de un solo barco para llevar a cabo una tarea tan fundamental como evitar el exterminio de sus correligionarios.

Concretamos, en segundo lugar, la forma ingeniosa en que Ruth Klüger y sus compañeros obviaron las dificultades—negativa de las autoridades rumanas a dejar zarpar el barco, negativa a la admisión del tren procedente de Polonia, etc., porque no deja lugar a dudas sobre la escasa, prácticamente nula, influencia política judía en Rumania y en los otros países del continente. En este caso resultó decisiva la intercesión del rey Carol, conseguida en una entrevista con la señora Klüger, que se detalla minuciosamente en este volumen. Esa falta de influencia es algo que está en contradicción con lo que afirmara Ford: «En cada Estado, en cada población, alienta una organización judía con órdenes políticas determinadas, cuya primera y principal consiste en aniquilar toda persona, todo periódico u otra institución cualquiera que deje adivinar la más leve independencia frente a la cuestión judía»³. «No tenemos obstáculo delante de nosotros. Nuestro supergobierno posee una posición supralegal tan firme, que se le puede adjudicar ya la potente y fuerte denominación de 'dictadura'. Con plena conciencia puedo decir que actualmente somos nosotros—dice Ford refiriéndose a los sionistas—los legisladores. Nosotros creamos juzgados y jurisdicciones. Nosotros dominamos con inquebrantable voluntad...»⁴. Esas especulaciones de Ford y de otros ideólogos, principalmente los del «Servicio Internacional» hitleriano de Frankfurt, revelan una delirante fantasía que no se aviene con las realidades, concretas y específicas, expuestas en las páginas de *La última huida*.

En cuanto al tercer punto, la resistencia de los judíos a salir de los países europeos, «no conseguí convencer a un solo judío que abandonara Rumania», confiesa Ruth Klüger; es una conducta que sólo se comprende al advertir la ignorancia que tenían los judíos europeos—demostrada por las innumerables conversaciones de la señora Klüger—acerca del porvenir que se estaba fraguando. Tampoco esto resulta congruente con las hipótesis de Ford, que llega a afirmar⁵ que los judíos no sólo saben prevenir de antemano las guerras, sino que tienen influencia decisiva en su génesis y desarrollo. En caso de ser cierto todo ello, las comunidades judías europeas o, por lo menos, sus núcleos más selectos hubiesen estado mejor informadas del curso de los acontecimientos y hubiesen podido, por lo menos en gran número, escapar a la horrible matanza que aniquiló a casi seis millones de sus correligionarios.

La última huida es una obra muy interesante, un reportaje que tiene todos los ingredientes de una novela, que resulta particularmente informativa de la atmósfera que prevaleció en los meses que precedieron a la gran contienda mundial y en los que transcurren hasta 1940. Es singularmente informativo de una faceta muy importante de la actuación que determinó

(3) HENRY FORD: *El judío internacional*, 5.ª edición, Orbis, Barcelona, 1939, p. 362.

(4) HENRY FORD, *op. cit.*, p. 129.

(5) HENRY FORD, *op. cit.*, cap. XIV, pp. 151-161.

RECENSIONES

uno de los más impresionantes movimientos de rescate de todos los tiempos. La amenidad del relato supone uno de los grandes alicientes de esta obra singular.

JULIO COLA ALBERICH

W. F. GUTTERIDGE: *Military Regimes in Africa*, Studies in African History no. 11, Methuen & Co. Ltd., Londres, 1975, 189 pp.

El continente africano cuenta actualmente con veinte Estados—la mitad de los países independientes—dirigidos por regímenes militares de variado signo. Ello da idea de la importancia que supone este sistema de gobierno, especialmente porque el fenómeno se va extendiendo y, año tras año, nuevos Estados se inscriben en el camino iniciado, el 13 de enero de 1963, cuando unos suboficiales amotinados asesinaron al presidente Olympio en el Togo, colocando en la suprema magistratura a Grunitzky y demostrando el poderío que representan las bayonetas en Africa.

El breve volumen que dedica Gutteridge a tema tan candente puede considerarse tan solo como una introducción al estudio del militarismo africano. A pesar de la competencia con que está desarrollada, la cuestión requiere un espacio mucho más considerable y una mayor profundidad de análisis. Entre otras razones porque, aunque existe un denominador común, consistente en la sustitución de la autoridad civil mediante el golpe de Estado de las fuerzas armadas, las características que posteriormente ha adoptado cada uno de los Estados comprendidos en esa gran constelación militar varían lo suficientemente como para que no puedan ser englobados, sin más trámites, en un grupo homogéneo. Gutteridge, ante la imperiosa necesidad de abreviar al máximo, examina tan sólo seis ejemplos—Ghana, Dahomey, Nigeria, Zaire, Uganda y Sudán—que considera especialmente significativos. No es posible negar la importancia de los casos señalados, pero tampoco puede afirmarse que el lector que no posea otra fuente suplementaria queda suficientemente informado. Es el gran reparo que puede formularse a una obra que, por lo demás, es seria y solvente.

Cuando hablamos de las diferencias que se advierten entre los distintos regímenes militares africanos, no limitamos nuestro criterio al diverso funcionamiento de los mismos, aun a pesar de la común característica que radica en que los puestos decisivos están desempeñados por elementos de las fuerzas armadas. Además de ello es preciso tener en cuenta un factor que suele pasar inadvertido, y que consiste en el grado de necesidad pública que determinó la irrupción del Ejército en la vida política. A ello alude reiteradamente Gutteridge, aunque no profundiza en las circunstancias. Especialmente interesante, desde este punto de vista, resulta el golpe de Estado militar de Sierra Leona, justificado ante la inminencia de una guerra civil, en que el Ejército se limitó a actuar de moderador, tras de lo cual el teniente general Juxon-Smith entregaba el poder, el 19 de abril de 1971, a un civil, Siaka-Stevens.

RECENSIONES

Prácticamente todos los militares que han acudido al recurso supremo del golpe de Estado han anunciado su intención de restituir el mando a los dirigentes civiles, aunque son pocos los que han cumplido su promesa. No obstante, es preciso tener en cuenta que, en ciertas ocasiones, se ha intentado con resultados deplorables. Entre los casos más significativos está el del Dahomey, que, como dice Gutteridge, «ha adquirido una cierta notoriedad en Africa como el país que ha ofrecido más golpes y más cambios de gobierno, en su corta vida como Estado nacional, que cualquier otro del continente». Y los antecedentes demuestran que en tres ocasiones los dirigentes militares devolvieron el mando a los políticos civiles, volviéndolo a asumir cuando las rivalidades partidistas habían llegado a un grado explosivo que amenazaba con desencadenar la guerra civil.

Por otra parte, como reconoce Gutteridge, «el caso de Zaire demuestra más claramente que cualquier otro en Africa no solamente las dificultades inherentes a intentar categorizar tipos de intervención militar en política, sino el problema de definir un régimen militar». Efectivamente, en Zaire —bajo el mando del general Mobutu desde el golpe de Estado militar de 1965— «la penetración de funciones normalmente civiles, a cualquier nivel, por oficiales militares ha sido insignificante», hasta el punto de que Mobutu es el único militar en el «politburó» del partido único. Más que un régimen militar, Zaire es un país de gobierno personalista apoyado en las fuerzas armadas.

Muy distintos, a todos los efectos, son los casos de Libia y Etiopía, que no contempla Gutteridge, y el de Nigeria. Estos ejemplos demuestran la diversidad proteica que adopta el sistema.

También sería preciso verificar una distinción, que el autor no efectúa, entre aquellos regímenes militares que han asumido el poder con la intención de aplicar una determinada ideología y aquellos otros cuyo móvil fue, simplemente, el de situar en el poder a un soldado para que lo ejerza de forma personal y favorezca a sus compañeros de armas. Ninguno de aquéllos —entre los que se podría incluir a la República Popular del Congo o a Libia— son estudiados en este volumen, pero su importancia es muy considerable cuando se trata de extraer una idea de síntesis de los nuevos rumbos que ofrece el Africa contemporánea. Esta consecuencia podría deducirse de la consideración de dos factores: el fracaso de los partidos políticos en el continente y la necesidad de hallar un estímulo integrador de las masas africanas, lo que sólo puede hallarse en el seno de las ideologías. En contra de lo que piensan muchos, el rumbo de Africa no ha sido fijado aún de una forma definitiva. Han de sucederse nuevos esbozos y a su definición ha de contribuir en gran medida un sedimento ideológico que ahora se encuentra en sus primeros balbuceos. Como vehículo de aplicación, el más idóneo, en las condiciones del continente, tal vez sea el Ejército que en los múltiples Estados, hablando en términos generales, constituye el último recurso contra las luchas tribales o regionales, por ser la única institución que ha sabido superar las tendencias étnicas disgregadoras. Ese papel de las fuerzas armadas en la elaboración de un nuevo esquema de convivencia política africana, que se siente palpar, hubiera debido ser estudiado en una obra como la que comentamos.

Gutteridge comienza el volumen con dos capítulos—muy densos y que constituyen lo mejor de la obra—donde expone las tendencias que predo-

RECENSIONES

minan en la formación y organización de los ejércitos africanos, así como la influencia en los mismos del espíritu heredado de los tiempos coloniales, o bien, en palabras del autor, «el legado profesional del sistema colonial». El análisis, tanto del Africa francófona como de la de habla inglesa, es positivamente agudo y certero. Termina afirmando que «el fenómeno de la intervención de militares en política es de menor significación que la persistencia de los militares en el Gobierno». Seguidamente el autor estudia los casos particulares de los seis países que hemos mencionado para finalizar con unas sugestivas conclusiones, entre las que cabe destacar que, a su juicio, los golpes militares se han dado «en países donde el sistema político no ha alcanzado madurez, la unidad nacional es frágil y el progreso económico es difícil, si no imposible».

Se trata, en definitiva, de una obra dirigida no al especialista, sino al gran público, y resulta digna de elogio, porque contribuye a difundir y divulgar los perfiles esenciales de un sistema que se está imponiendo abrumadoramente en el continente africano.

JULIO COLA ALBERICH

